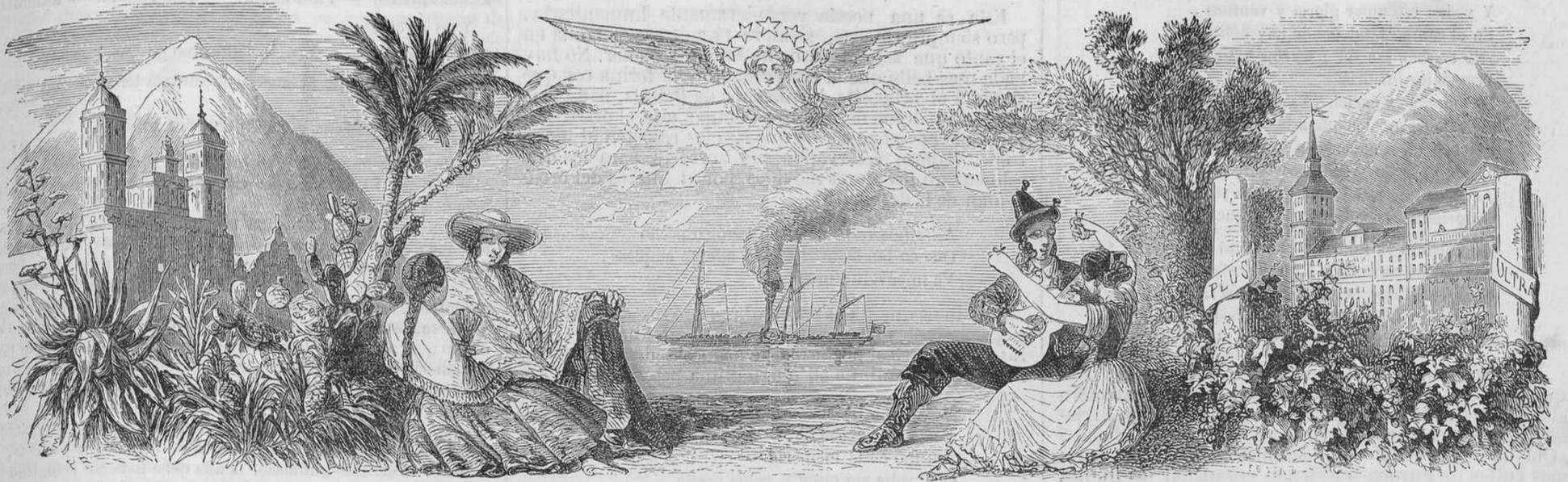


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 13. — N° 93.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Destruccion de los fuertes de Bomar-Sund; grabado. — El Tirteo español. — Revista de Paris. — El Tigre y la Zorra. — Preparativos de la expedicion de la Crimea; grabados. — El fumador de haquie. — Los dos primos. — Camino de las gargantas del Vercors; grabados. — Margarita Pusteria. — La Cartuja de Val-Pesio; grabados. — Influencia del alumbrado sobre las costumbres. — La leyenda de Whittington. — Inauguracion del primer camino de hierro noruego; grabados.

## DESTRUCCION

### de los fuertes de Bomar-Sund.

Los gobiernos de Francia y de Inglaterra, juzgando en virtud de los primeros partes que recibieron sobre la situacion de las cosas, que la mision de las tropas estaba terminada ya, decidieron que se destruyeran inmediatamente las fortificaciones, y que se evacuara el pais inmediatamente. Esta noticia llegó el 28 de agosto á Bomar-Sund, y al punto se tomaron las disposiciones convenientes para ejecutar las órdenes expedidas de Paris y Lóndres.

El general Niel, del cuerpo de ingenieros, que dirigió de un modo tan notable los trabajos del sitio, tomó todas las medidas necesarias para destruir las fortificaciones. La hermosa torre de Presto, atacada por la mina el 31 de agosto, fué la primera obra que saltó; la destruccion fué completa é instantánea. Hoy en el sitio que ocupaba la torre sobre la playa, solo se ve un monton de escombros.

La operacion siguió por las demás torres, pero el fuerte principal exigió un trabajo largo é importante. Durante tres dias se impidió la entrada en él, para que pudieran hacer los preparativos los soldados de ingenieros. El 2 veinte hornos de minas se hallaban abiertos en las casasmatas, divididas en zonas iguales, y una mecha de mas de 2000 metros de larga circulaba

en todos sentidos, atravesando por todos los lugares en donde se habian reunido montones de pólvora.

A las siete, los soldados de ingenieros prendieron fuego á la mecha, que en breve principió á echar humo, y luego se retiraron á toda prisa para evitar que el incendio les alcanzara. El humo fué ganando terreno, y bien luego se oyó una explosion formidable que fué seguida de otras muchas no ménos terribles. Un humo negro y espeso, por entre el cual saltaban pedazos de murallas, oscureció la atmósfera, y cubrió la rada y los bosques inmediatos. Una inmensa muchedumbre presenciaba ese espectáculo de un aspecto tan sombrío y grandioso; los habitantes del pais que habian acudido de todos los puntos de la isla, y todos los soldados del cuerpo expedicionario, guarnecian las alturas. Llegó la noche: un vasto incendio sucedió á la explosion alumbrando con sus llamas toda la bahía de Lumpar. En los dias siguientes el humo se elevaba aun por en medio de aquellos escombros en los cuales está sepultado hoy el trabajo de tantos años.

Todas las operaciones salieron bien, sin que un solo hombre haya perecido, y sin que se haya destruido una sola casa; solo el establecimiento militar ha quedado reducido á un monton de cenizas.

## El Tirteo español.

VI.

La serie de artículos que voy dedicando al inmortal Quintana acaba de tener la mas cumplida sancion que los amigos del ilustre vate pudieramos desear. Despues de la gran revolucion política que inauguró el general O'Donnell y coronó el heroismo del pueblo de Madrid, la prensa nacional, sin distincion de partidos, ha manifestado el deseo, acogido con entusiasmo por todas las clases de la sociedad, de que el eminente poeta de quien

vamos hablando sea coronado públicamente en Madrid como lo fué Voltaire en la capital de Francia. Esta ovacion al gran Quintana me complace, como todo lo que tiende á recompensar, á tributar al mérito un homenaje de justicia, y al mismo tiempo lisonjea mi amor propio, porque viene á corroborar mi opinion de que D. Manuel José Quintana es el primero de los poetas castellanos. Hecha esta manifestacion, voy á continuar el exámen, ó por mejor decir el extracto de las inimitables poesías de dicho señor, y empezaré hoy este trabajo por la oda dedicada á la Expedicion española para propagar la vacuna en América, bajo la direccion de D. Francisco Balmis. Nuestros hermanos de Ultramar leerán con gusto y reconocimiento los siguientes versos del primero de nuestros poetas.

¡Virgen del mundo, América inocente!

Tú que el preciado seno

Al cielo ostentas de abundancia lleno

Y de apacible juventud la frente;

Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa

Entre las zonas de la madre tierra,

Debiste ser del hado,

Ya contra tí tan inclemente y fiero

Delicia dulce y el amor primero;

Oyeme: si hubo vez en que mis ojos

Los fastos de tu historia recorriendo

No se hinchesen de lágrimas; si pudo

Mi corazon sin compasion, sin ira,

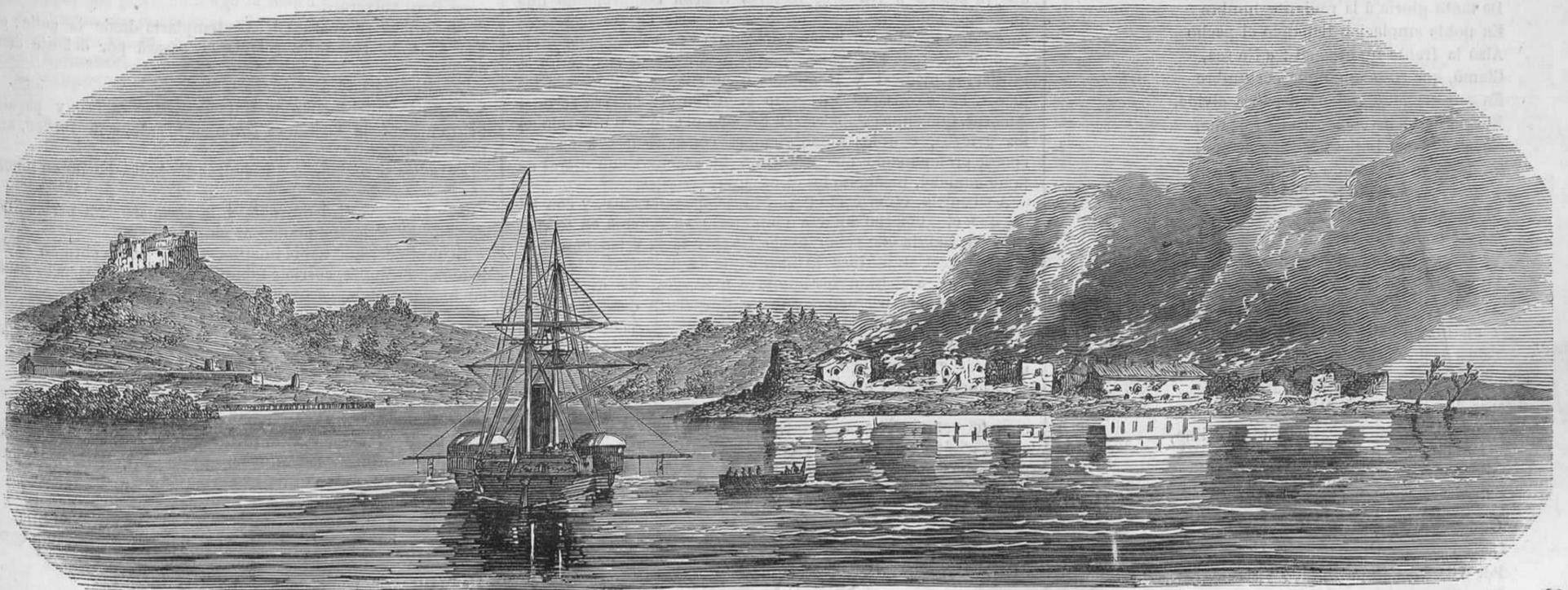
Tus lástimas oír; ¡ah! que negado

Eternamente á la virtud me vea,

Y bárbaro y malvado

Cual los que así te destrozaron, sea.

Imposible es pintar con mas energía el sentimiento que en todo corazon sensible despiertan las crueldades de la conquista.



Incendio de los fuertes de Bomar-Sund, despues de la explosion.

Con sangre están escritos  
En el eterno libro de la vida  
Esos dolientes gritos  
Que tu labio afligido al cielo envía.  
Claman allí contra la patria mía  
Y vedan estampar gloria y ventura  
En el campo fatal donde hay delitos.  
¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes  
Tres siglos infelices  
De amarga expiación? Ya en estos días  
No somos, no, los que á la faz del mundo  
Las alas de la audacia se vistieron  
Y por el Ponto Atlántico volaron;  
Aquellos que al silencio en que yacías  
Sangrienta, encadenada te arrancaron. —

Los mismos ya no sois; ¿pero mi llanto  
Por eso ha de cesar? Yo olvidaría  
El rigor de mis duros vencedores:  
Su atroz codicia, su inclemente saña  
Crímenes fueron del tiempo y no de España.

Aquí debía añadir el poeta: *y de la conquista*; porque todas las conquistas se parecen, todas desarrollan el germen de las malas pasiones. ¿Qué hacia la Inglaterra en el siglo pasado con sus colonias rebeldes? ¿Qué ha hecho en el siglo actual otra de las naciones más cultas de Europa queriendo ensanchar los límites de su dominación en las regiones del Africa, menos feraces, menos ricas en todos conceptos que las de la América en general? La violencia, la crueldad y la ambición insaciable son circunstancias que necesariamente despliegan sus alas y se ostentan como nuncios fatídicos de todo género de calamidades en torno de los salteadores que se adornan con el nombre de héroes y de esa usurpación infame, de ese abominable abuso de la fuerza que algunos ennoblecen con el título de conquista. Sin embargo de lo dicho, acepto con placer la vindicación que el gran poeta hace de su patria, y creo como él que la mayor parte de los desmanes con que los españoles mancillaron sus proezas en el Nuevo-Mundo fueron debidos principalmente al tiempo, es decir, al atraso intelectual y moral, y sobre todo al fanatismo religioso, agente productor y motor de todas las iniquidades que más deshonran la historia de la humanidad. Pero, como dice el ilustre vate, los conquistadores llevaron algo más que las miserias de la guerra, llevaron también los estragos de la peste.

¿Mas cuando ¡ay Dios! los dolorosos males  
Podré olvidar que aun mísera me ahogan?  
Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme,  
Si el horror no os lo veda, emponzoñada  
Con la peste fatal que á desolarme  
De sus funestas naves fué lanzada.  
Como en árida miés hierro enemigo,  
Como sierpe que infesta y que devora,  
Tal su ala abrasadora  
Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.  
Miradla embravecerse, y cual sepulta  
Allá en estancia oculta  
De la muerte mis hijos, mis amores.  
Tened ¡ay! compasión de mi agonía  
Los que os llamáis de América señores:  
Ved que no basta á su furor insano  
Una generación, ciento se traga;  
Y yo espirante, yerma, á tanta plaga  
Demando auxilio y le demando en vano.

Entonces apareció uno de los hombres ilustres de que es tan pródiga la Inglaterra, el famoso Jenner hizo el magnífico descubrimiento de la vacuna, y el español Balmis se encargó de propagar sus benéficos efectos.

De tanta gloria á la radiante lumbre  
En noble emulación llenando el pecho  
Alzó la frente un español: «No sea,  
Clamó, que su magnánima costumbre  
En tan grande ocasión mi patria olvide.  
El don de la invención es de fortuna,  
Gócele allá un inglés; España ostente  
Su corazón espléndido y sublime,  
Y dé á su majestad mayor decoro,  
Llevando este tesoro  
Donde con más violencia el mal oprime.  
Yo volaré, que un númen me lo manda,  
Yo volaré; del férvido Oceano  
Arrostraré la furia embravecida,  
Y en medio de la América infestada  
Sabré plantar el árbol de la vida.»

Dijo, y apenas de su labio ardiente  
Estos ecos benéficos salieron,  
Cuando tendiendo al aire el blando lino,  
Ya en el puerto la nave se agitaba  
Por dar principio á tan feliz camino.  
Lánzase el argonauta á su destino:  
Ondas del mar, en plácida bonanza,  
Llevad ese depósito sagrado  
Por vuestro campo líquido y sereno:  
De mil generaciones la esperanza  
Va allí, no le anegueis, guardad el trueno,

Guardad el rayo y la fatal tormenta  
Al tiempo en que dejando  
Aquellas playas fértiles, remotas,  
De vicios y oro y maldición preñadas,  
Vengan triunfando las soberbias flotas.

Esta es una poesía verdaderamente humanitaria, pero siempre rob. sta., siempre rica de esa armonía en el canto que solo el autor ha sabido sostener. No hay nada más bello que el pensamiento y la forma con que se pinta el propósito bienhechor de Balmis, nada más solemne y digno de una lira popular que el deseo manifestado por el poeta, de que las olas respeten al filántropo viajero, reservando sus horrores para los que solo surcan los mares movidos por el interés del oro ó el afán de la dominación.

A Balmis respetad: ¡oh heróico pecho  
Que en tan bello afán tu aliento empleas,  
Ve impávido á tu fin...

Sabido es que todos los hombres que se sacrifican por sus semejantes han de luchar con la envidia ó la ignorancia. Por eso el poeta insiste aconsejando al intrépido Balmis que continúe su magnánima peregrinación:

Mas sigue, insiste en él firme y seguro  
Y cuando llega de la lucha el día  
Ten fijo en la memoria  
Que nadie sin tesón y ardua porfía  
Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin; la América saluda  
A su gran bienhechor, y al punto siente  
Purificar sus venas  
El destinado bálsamo: Tú entonces  
De ardor más generoso el pecho llenas,  
Y obedeciendo al númen que te guía  
Mandas volver la resonante prora  
A los reinos del Ganjes y á la Aurora.

Y al acercarse al industrioso chino  
Es fama que en su tumba respetada  
Por verte alzó la venerable frente  
Confucio, y que exclamaba en su sorpresa:  
«¡Digna de mi virtud era esta empresa!»

Por último esta composición tan sentida, tan esmaltada de pensamientos humanitarios termina de este modo:

Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos  
Con fervoroso celo  
Levantará tu nombre al alto cielo:  
Y aunque en los sordos senos  
Tú ya durmiendo de la tumba fría  
No los oírás, escúchalos al menos  
En los acentos de la musa mía.

En efecto, Balmis tuvo una digna recompensa: fué más dichoso que Alejandro, porque tuvo un Homero que cantase sus hazañas.

J. M. VILLER GAS.

### Revista de Paris.

Entre las mil industrias que pululan en esta capital del mundo civilizado, como vulgarmente le llaman los parisienses, hay una que cuenta con la poderosa recomendación de la Facultad de Medicina, y que tiene por objeto «comunicar á los miembros facultades físicas de que carecen y desarrollar las que ya poseen». Nuestros lectores habrán comprendido que queremos hablar de la gimnástica, ese arte de los ejercicios corporales llevado en la antigüedad de Creta á Esparta, y difundido por toda la Grecia con distintas aplicaciones, como la militar, la medical y la atlética ó agonística destinada á los juegos. Paris conserva un grato recuerdo del bizarro coronel Amoros, que supo establecer en Francia el arte casi olvidado de los griegos, con las modificaciones consiguientes á nuestra época, pretendiendo que llegaría á la regeneración moral de la humanidad, mediante los ejercicios corporales.

A su juicio, en el corto período de cincuenta años, y con tal de que el gobierno hiciera obligatorio su sistema en toda la Francia, habría de echar abajo los presidios y las cárceles; los jueces serían inútiles, lo mismo que los alguaciles y los gendarmes; se acabarían los hombres malvados, los avaros, los ambiciosos, los borrachos y los embusteros, desapareciendo también de la sociedad las mujeres coquetas, las celosas, las parlanchinas y las comilonas. En una palabra, nos esperaba un verdadero siglo de oro, gracias á la gimnástica.

El buen coronel murió con sus esperanzas, y sus sucesores, menos entusiastas que él, se contentan con aplicar su sistema á tanto por alumno. Sin embargo, el fundador nos ha dejado en un edificio de yeso con cuatro columnas, construido en un rincón de los Campos Elíseos, todo un programa de sus ideas. En medio del frontón de su gimnasio se halla estampado lo siguiente:

EL OBJETO PRINCIPAL DE LA GIMNASTICA ES LA BENEFICENCIA.

CARIDAD. — MORAL.

En la primera de las cuatro columnas se lee:

FUERZA. — FIRMEZA. — RESISTENCIA. — VALOR.

En la segunda:

AGILIDAD. — VELOCIDAD. — DESTREZA. — HEROISMO.

En la tercera:

REGULARIDAD. — PRUDENCIA. — CONSTANCIA. — ENERGIA.

Y en la cuarta:

GRACIA. — SALUD. — HERMOSURA. — BONDAD.

Por último, sobre la puerta de entrada tenemos esta divisa latina:

*Mens sana in corpore sano.*

Todo esto debe producir en el hombre y en la mujer el arte gimnástico. El sucesor del coronel Amoros conserva edificio con los letreros.

Hace poco tiempo que una tarde, á eso de las seis, se paró á la puerta del gimnasio un cochecito cerrado, que llevaba dentro á un hombre singular venido á Paris con una sola idea, la de casarse con una francesa. Este personaje era un inglés excéntrico, cargado de spleen y de guineas, que había recorrido ya en muchos sentidos la sociedad parisiense sin encontrar el objeto que anhelaba, la prenda de su dicha futura, y que por casualidad había tropezado con aquel monumento, asilo de todos los encantos, escuela de todas las virtudes públicas y privadas.

— Sí, exclamaba el inglés en su lengua británica, he visitado todos los colegios de Paris en busca de una mujer perfecta, y había olvidado este gimnasio, donde debe haberse refugiado la virtud, si es que se halla desterrada del resto de la tierra. ¡Bendita seas, oh gimnástica! ¡Tú, que tienes por objeto principal la beneficencia, la caridad y la moral; tú, que enseñas la fuerza, la resistencia y el valor, así como la agilidad, la velocidad, la destreza y la energía; tú, que inculcas la regularidad, la prudencia, la constancia y el heroísmo; tú, que eres fuente inagotable de gracia, de salud, de hermosura y de bondad, dame una mujer perfecta!

El inglés estuvo de centinela hasta las seis y cuarto, hora en que vió salir un crecido número de colegiales, algunos hombres y varias mujeres con la cara cubierta con un velo.

— ¿Cuál de esas se casará conmigo? se preguntó contemplándolas á todas con ojos ávidos, y sin poder descubrir sus fisonomías.

Tres ó cuatro días pasados en el mismo entretenimiento le produjeron un triste desengaño; todas aquellas mujeres eran contrahechas, y sus familias las enviaban al gimnasio para ver de remediar un poco sus desgraciadas naturalidades.

Este descubrimiento enfrió algún tanto el entusiasmo del inglés que, para saber desde luego á qué atenerse, se decidió á interrogar al profesor, sobre si debía renunciar á sus proyectos.

El sucesor del famoso coronel parece que es hombre de penetración, pues al cabo de cinco minutos que conversaba con el inglés ya había calado sus intenciones.

— ¿Con qué desea Vd. casarse? le preguntó.

— A las condiciones susodichas; quiero una mujer hermosa, graciosa, buena, constante, prudente, heróica, sana, valerosa, caritativa, recta, enérgica y veloz, contestó el inglés adjetivando los sustantivos de la fachada.

— Pues es Vd. un hombre afortunado, repuso el profesor.

— ¿Qué quiere Vd. decir?

— Digo que tengo á la disposición de Vd. lo que desea.

— ¿Existe realmente esa maravilla?

— Sí, señor.

— ¿Y viene al gimnasio?

— Desde hace mucho tiempo.

— ¿De modo que es Vd. quien la forma?

— Yo mismo.

— ¿Qué edad tiene?

— Veintidos años.

— ¿Y bonita?

— Ya la verá Vd., es un pimpollo, la discípula más linda que concurre á la escuela.

— ¿Y... derecha? preguntó el inglés con acento trémulo.

— Como un álamo; Vd. no ha podido verla, porque ha ido á pasar el verano al campo.

— Pero volverá...

— Mañana, y podrá Vd. contemplarla desde la calle; esté Vd. á la puerta á las seis, que pasará por delante de su coche.

— ¿En qué podrá reconocerla?

— En la sencillez de su traje: vestido oscuro y papalina negra; ¡ay! la virtud es como su hermana la verdad, anda mal cubierta.

El inglés se sonrió, lo que quizás no había hecho en muchos años.

— ¡Yo la vestiré de seda, y la coronaré con perlas finas! exclamó el inglés saludando al gimnasta.

El profesor, que había imaginado una buena obra en su diálogo con el inglés, corrió á una casa de poca apariencia situada en una callejuela cercana, subió por una escalera oscura, y llamó á la puerta de una guardilla.

— Adentro, respondieron dos voces de mujer, una cascada y débil, y la otra clara, sonora, de un timbre perfecto.

El profesor entró.

— Buenas tardes, amigo mio, le dijo una mujer anciana que se hallaba sentada haciendo media.

— Buenas tardes, repitió una joven, fresca como una rosa.

— Amigas mías, exclamó saludando el profesor de gimnástica, vengo para un asunto importantísimo.

— ¿Y cuál es? preguntó la anciana.

— Primeramente necesito que me preste Vd. á su hija.

— Está muy bien, contestó la anciana, pero con una condición...

— ¿Qué condición?

— La de que no la enseñará Vd. su horrible gimnástica; yo se lo he dicho á Vd. antes de ahora, y Vd. me lo ha jurado.

— ¡Siempre la misma!

— ¿Puedo acaso olvidar que mi marido, su íntimo amigo de Vd., murió de resultas de una caída que se dió en ese maldito gimnasio donde enseñaba á las órdenes de Vd.?

— ¡Pobre amigo mio!

— ¡Oh! no es por echárselo á Vd. en cara, prosiguió la viuda; Dios sabe lo que ha hecho Vd. por nosotras despues de aquel fatal acontecimiento : ¿quién ha pagado la educacion de mi hija? Usted. ¿Quién atiende á nuestras necesidades? Usted. ¿A quién debemos el no haber muerto de hambre? A usted, amigo mio.

— Está bien, está bien, interrumpió el caritativo profesor; esas cosas no se recuerdan; he cumplido con mi deber y nada mas; ¿de modo que me presta Vd. á Felisa?

— Sin duda; ¿cuándo la quiere Vd.?

— Mañana.

— ¿Y por cuánto tiempo?

— No sé, pero la tendrá Vd. en su casa todos los dias á las seis de la tarde; quiero que trabaje en mi casa algunos dias con la aguja, no en el gimnasio.

El profesor se retiró, no sin haber dejado discretamente sobre la cómoda dos moneditas de oro envueltas en un pedazo de periódico.

Al dia siguiente, ántes de las seis, un coche herméticamente cerrado se hallaba á la puerta del gimnasio; á las seis y pocos minutos, esa puerta se abrió y se apareció en el umbral la bella Felisa, vestida sencillamente, como el profesor lo habia anunciado, pero adornada con todas las gracias de la hermosura. Los rayos del sol en el ocaso hacian brillar las rubias trenzas de su opulenta cabellera; su fino talle se dibujaba bajo un humilde pañuelo prendido con un alfiler de cobre; en sus grandes ojos azules se leia la expresion del candor y de la inocencia, y una suave sonrisa descubria su blanca dentadura.

— O me caso con esa jóven ó me pego un tiro, dijo el inglés cuando hubo desaparecido Felisa, y saltando de su carruaje, se fué derecho al profesor de gimnástica.

— Caballero, le dijo, disimúleme Vd. si vengo ya...

— No hay de qué, señor mio, al contrario, le esperaba á Vd., pues supongo habrá Vd. visto á mi recomendada.

— En efecto.

— ¿Y qué le parece á Vd.?

El inglés, sin contestar una palabra, se puso la mano en el corazon, tomando una actitud dramática.

— ¿Está Vd. enamorado?

— Sí, lo estoy, y me seria imposible explicar lo que siento en este momento. ¿Cómo se llama?

— Felisa.

— Pero ese no es un nombre...

— ¡Cómo!

— No es un nombre, es una melodía divina. ¿Cuál es el oficio de su padre?

— Ocho años hace que ha muerto.

— ¡Bien! diria para sí el inglés, una carga ménos; ¿y su madre?

— Su madre es una pobre anciana que vive en la mayor miseria.

— Me alegro, así tendré el gusto de hacerla rica. ¿Pero hace mucho tiempo que conoce Vd. á mi Felisa?

— Desde que vino al mundo.

— ¿Vd. es quién la ha educado?

— Yo mismo.

— ¿Es una mujer buena, constante, prudente y heroica?

— Sí, señor.

— ¿Es regular, fuerte, resistente, valerosa, bienhechora y caritativa?

— Sí, señor.

— ¿Agil, recta, enérgica y veloz?

— Sí, señor.

— En una palabra, ¿llena todas las promesas que se ven escritas en gruesos caractéres en la fachada del gimnasio?

— Y no solo esas, sino todas las que el difunto coronel Amoros se vió obligado á omitir por falta de espacio. ¿Qué mas le diré á Vd.? Felisa, la pobre huérfana, es un ángel.

— Pues está dicho, me caso con Felisa. ¿Quiere Vd. darme las señas de su casa?

— Dispénsame Vd., dijo el profesor, si me atrevo á observar que yo por mi parte no tengo la honra de conocer á Vd.

— Observacion justísima: yo me llamo sir J... N..., y responderán por mí en la embajada inglesa y en casa de Rothschild hermanos; ¿está Vd. satisfecho?

— No necesito mas, caballero.

— De modo que podré volver...

— Dentro de ocho dias.

— ¡Dentro de ocho dias! repitió el inglés, es imposible, me moriría de spleen en ese tiempo.

— Pues entonces vuelva Vd. pasado mañana, harémos por arreglarlo todo en ese corto plazo.

— Largo me parece á mí; pero no le hace, me conformo, y concluyo diciéndole á Vd. que me salva la vida.

Esto pasaba á fines de agosto, y á mediados de setiembre se celebraron en Paris con mucha pompa y magnificencia las bodas de sir J... N... con la jóven Felisa.

MARIANO URRABIETA.

## El Tigre y la Zorra.

LEYENDA TRADICIONAL

IV.

## LA EMBOSCADA.

Llena de atmósfera impura,  
Medio abierto un ventanillo  
Que luz derrama insegura,  
Triste se ostenta y obscura  
La habitacion de Castrillo.

Ya despunta la mañana  
Que tanta ansiedad alberga,  
Ya el sol emprende aunque vana  
Su batalla cotidiana  
Con las nieblas del Pisuerga.

Ya dejando el duro lecho,  
Juan, el brazo arremangado,  
Desnudo el fornido pecho,  
Anda en su recinto estrecho  
Inquieto y preocupado,

É idea para dar fiel  
De aquel rostro en que rebosa  
Todo el fuego de Luzbel,  
Fuera preciso el pincel  
Agrio de Salvator Rosa.

A la luz roja y escasa  
Que ilumina el aposento  
Se ven colgados sin tasa  
De la pared negra y rasa  
Los útiles del tormento.

Hachas, tornillos, dogales  
De forma extraña y horrenda,  
Con afilados puñales  
Son los despojos mortales  
De aquella infernal vivienda.

En ellos un punto á vara  
Fijó Castrillo la vista,  
Con la interior algaraza  
De un triunfador que admirara  
Sus despojos de conquista;

Y descolgando con tiento  
Largo cuchillo del muro,  
Probó su corte sangriento  
Y murmuró descontento:  
«A filarle es mas seguro.»

En este punto dos golpes  
Con pausado y lento son  
En la puerta resonaron,  
Y al propio tiempo una voz  
Débil y aterida, el nombre  
De Castrillo pronunció.  
Descorrió Juan el cerrojo  
Y con traidora expresion  
La innoble faz de Garduña  
En el dintel asomó.

— Buenos dias.  
— ¿Qué se ofrece,  
Compadre?

— Hacerte un favor.  
— Grande será cuando vienes  
Apénas despunta el sol.  
— Sabe que esta misma noche  
Una atrevida faccion  
Ha derribado el cadalso  
Del Maestro.

— ¡Ira de Dios!  
— De verlo acabo yo mismo...  
Ganar tiempo es su intencion...  
— ¿Robarme quieren la presa  
Que la ley me abandonó?  
Pues ya sabrán que no en vano  
Soy yo aquí su ejecutor.  
Apénas estas palabras  
De pronunciar acabó,  
Cuando se lanzó á la calle,  
Y entre el húmedo vapor  
De a condensada niebla  
Su figura se perdió,  
Como sombra que en la nieve  
Al indeciso fulgor  
De la luna se refleja  
Y desaparece veloz.  
Clavado al dintel gran rato  
Garduña permaneció  
Con la actitud del que escucha,  
En la orja el corazon;  
Hasta que rompió los aires  
Gemido desgarrador  
De esos que la sangre hielan  
Siempre que escuchados son.  
— Sin duda el golpe es certero, —  
Por lo bajo murmuró,  
Y trasponiendo el dintel  
Tras esta corta oracion,  
En la mansion de su víctima  
Lentamente penetró.

V.

## RUIDOS POPULARES.

Al pié de de la misma casa  
Y á poco mas de las nueve,  
Turba plebeya y curiosa  
Se agita confusamente.  
Dividida en grupos varios,  
Comenta, escucha y refiere  
Del suceso de aquel dia  
Las versiones diferentes,  
Y sin duda no es el lance  
De la mas vulgar especie,  
Pues tanto su narracion  
Le interesa y le suspende.  
Si en la region de la duda  
Vagar mas tiempo no quieres,

Mézclate, lector, conmigo,  
Entre esos grupos, y atiende  
Los rumores que circulan  
Entre la revuelta plebe.  
— ¿Con qué le viste?

— Lo mismo.

Que te estoy viendo, Gil Perez,  
Bañado en sangre y cosido  
A puñaladas el vientre.  
— Mientes, exclamó una vieja  
Al que así habló dirigiéndose...  
Yo le ví esta misma noche  
Por los espacios cernerse  
Llevado en ancas del diablo.  
— ¡Calle la bruja!

— ¡Insolente!

¿Cuando digo que le he visto!  
— ¡Fuera de aquí!

— ¡Son chochees!

— ¿Mas no se dice la causa  
De tan extraño accidente?  
— Bien clara está, dilatar  
La ejecucion del Maestro.  
— No debe el rey consentirlo.  
— Es una infamia.

— No siempre

Se han de salir con la suya  
Esos nobles.

— Se protegen

Entre sí; pronto veréis  
Como burlando á la plebe  
Consiguen que al fin se libre  
Don Alvaro de la muerte.  
— ¡Degollar á un grande! ¡cáspita!  
¡Sucede tan pocas veces!  
— ¡Y yo que tengo en la plaza  
Sitio desde donde verle!  
— Irá gallardo.

— No tal,

Que no irá de ningun modo  
Faltando quien le degüelle.  
— Castrillo ha dejado un hijo  
Que tiene edad suficiente  
Para reemplazarle.

— Justo.

¿Mas no sabeis que hace dengues  
Al oficio?

— Nada importa...

La ley le obliga á ejercerle.  
— ¡Qué lástima! ¡es tan galan! —  
Este arranque inconveniente  
De una jóven que escuchaba  
Confundida entre la plebe  
Con silbidos y con pullas  
Se acogió unánimemente.  
Avergonzada la moza  
Logró en salvacion ponerse,  
Y otra vez volvió la turba  
Mas compacta y mas solemne  
A ocuparse del asunto  
Que tanto interés le ofrece.  
— Amigos, — con voz robusta  
Gritó un cortador de siete  
Piés de estatura y de formas  
Atléticas, — me parece  
Que se pierde el tiempo: en tanto  
Que gritais como mujeres,  
Se pone en salvo el rapaz,  
Y no habrá quien dé la muerte  
Al favorito.

— ¡No, no!

Bramó la turba. — ¡A prenderle!  
Sepamos si está en la casa.  
— ¡Qué salga!

— ¡Qué se presente!

Y cual de resorte oculto  
Movido el grupo rebelde,  
A la puerta de Castrillo  
Se arrojó impetuosamente.  
Esta se abrió al tiempo mismo  
Y apareció en sus dinteles  
Con la faz desencajada  
Un mancebo casi imberbe.  
— ¡Ahí está!

— ¡Quiere escaparse!

Gritó la canalla al verle.

Con desesperada angustia,  
Como fiera á quien se tiene  
Acorralada y un flanco  
Busca por donde meterse,  
Tendió el jóven la mirada  
A su alrededor, y al verse  
Cercado por todas partes  
De la alborotada plebe,  
Sobre ella airado se arroja  
Y abrirse paso pretende;  
Mas de aquel supremo esfuerzo,  
Rendido, cual masa inerte  
Cayó en tierra el desgraciado.  
La multitud se disuelve  
Al ver entrar por la calle  
Una legion de corchetes,  
Y contemplando la escena,  
La tradicion nos refiere  
Que el buen compadre Garduña  
Rió silenciosamente.

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

## Preparativos de la expedición de la Crimea.

M. Durand-Brager, á quien debemos varias comunicaciones importantes conocidas de nuestros lectores, nos envía hoy una noticia sobre los preparativos que se hicieron para la expedición de la Crimea que publicamos á continuación, con los dibujos que la acompañan:

«En el momento en que va á salir la expedición, dice M. Durand-Brager, prescindiendo de otros pormenores para enviar á Vds. los dibujos de los medios de embarque y de desembarque que van á ser empleados en las esquadras; todos estos preparativos se hallan completamente terminados y pueden verse en Varna ó en Baljick.

» Hablaré en primer lugar de los lanchones construidos en el puerto militar de Constantinopla, al principio por carpinteros turcos, y después por carpinteros franceses, bajo la inspección de un ingeniero de la marina y de un capitán de artillería.

» Se han hecho cuarenta; tienen 12 metros de largo sobre 5 ó 6 de ancho; cada uno debe contener dos piezas de campaña con sus trenes delanteros, diez y seis caballos enganchados y treinta y dos artilleros.

» Los primeros lanchones construidos pesaban de diez á once toneladas, pero después que los carpinteros franceses pusieron manos á la obra, han llegado á disminuir su peso hasta siete ú ocho toneladas. Se colocarán al borde de los navios y podrán arrojarse al agua casi instantáneamente. De este modo la escuadra puede desembarcar en un corto espacio de tiempo un total de ochenta cañones con sus tiros armados y con provisiones suficientes para treinta descargas por pieza. En cuanto á las tropas de infantería, deben desembarcar, primeramente en las embarcaciones de los navios, y luego en esos mismos lanchones, una vez que estén desocupados ya por la artillería.

» Olvidaba decir que estos lanchones se hallan construidos de manera que, una vez llevados á tierra, la parte de delante puede abrirse sobre la ribera formando un plano inclinado para el desembarco de los cañones y caballos.

» Los ingleses han empleado otro sistema; mandaron comprar en el Bósforo cuantas mahonas pudieron hallar. Las mahonas son embarcaciones turcas de dimensiones variadas, algunas muy grandes y de fondo llano, aunque muy finas de proa y de popa, que llevan un poco levantadas figurando media luna.

» Los ingleses reunieron de dos en dos estas embarcaciones, y mandaron poner encima un tablado movidizo que se arma y se desarma prontamente. Instaladas de este modo, cada par de mahonas puede desembarcar de ciento á ciento veinte hombres.

» Las mahonas de grandes dimensiones se hallan destinadas á la caballería y la artillería, pero, á mi juicio, los lanchones franceses serán preferibles y ofrecerán mas comodidad para el desembarco. Algunos navios ingleses llevan á bordo hasta una docena de estas embarcaciones.

» Inútil será añadir que ninguna de estas embarcaciones posee medios de



Mahona inglesa de desembarco.



Guardia imperial turca. — Infantería y cazador.



Lanchones de embarque de artillería francesa

acción en sí misma, y que todas ellas serán remolcadas por las embarcaciones de los navios; á popa llevan grandes remos de cola para maniobrar en las aguas de los barcos que las remolquen.

» Estos dibujos no tienen nada de pintoresco ni de artístico, y los he sacado para que se comprendan claramente todos los pormenores de la operación.

Hasta aquí la carta de M. Durand-Brager; ahora vamos á reproducir las siguientes observaciones que acerca de la expedición á Sebastopol y de los recursos que presentan su defensa y su ataque, contiene el *Amigo del soldado*, diario militar de Austria.

«La escuadra destinada á bloquear á Sebastopol no lleva á bordo ni soldados de marina ni tropas

de desembarco. Compuesta de 40 vapores y de 30 navios de dos y de tres puentes tiene por misión vigilar los buques de guerra rusos abrigados en el puerto de Sebastopol é impedirlos salir á alta mar. El grueso de la expedición debe abordar á un punto de la costa entre las alturas de Sebastopol y el pequeño rio Bolaklava. El desembarco se efectuará bajo la protección de las baterías de los buques, observando las reglas que se siguen para establecer un puente de barcas en un gran rio y bajo el fuego del enemigo.

» Las obras de campaña, que sirvan de centro de operaciones, se ejecutarán con mucha rapidez; para lo cual hay ya 200 buques destinados á trasportar todos los materiales y útiles necesarios. Un número igual de barcos están encargados de las provisiones necesarias á 90,000 hombres para seis semanas, y de municiones en proporción. No hay para que decir que no podrá empezarse el sitio de una de las obras evacuadas inmediatamente después del desembarco.

Sabemos por buen conducto que la guarnición de la fortaleza, sola y sin contar las tripulaciones de la escuadra, no pasa de 10,000 hombres. El grueso del cuerpo de ejército ruso de Crimea, está acampado cerca de Bakezisarai y cuenta 24,000 hombres. Hay además otros 24,000 repartidos en Simferopol, Harassubazar y Caffa, y con instrucciones para dirigirse inmediatamente al punto de la costa que mas amenazado esté.

Sobre Frodoxa, á la verdad, hará diversion la escuadra del mar Negro, pero como el ataque real y verdadero se dirigia á Bolaklava, habrán los rusos de reunirse

en la carretera de Bakezisarai, y luego que se les hayan agregado las reservas, presentarán el combate á las tropas aliadas. Desde luego puede asegurarse que así el ataque como la defensa, serán conducidos con la mayor prudencia, al paso que con el mayor valor. Los aliados, que cuentan 75,000 hombres de tropas de tierra y 20,000 soldados de marina, son, así á lo ménos parece, superiores en número de hombres y en material de guerra á las tropas rusas; y todo hace creer que saldrán adelante con su empresa. En caso de que á retirarse se viesen obligadas, no se supone que puedan sus pérdidas ser de mucha consideración.

De todos mo-

dos se hará una visita á Odesa, plaza hasta aquí pacífica y tranquila, que á fuerza de artillarse, ha adquirido una importancia estratégica que claramente la designa hoy como blanco de sus enemigos. De proceder militarmente contra ello no hay ya consideración que pueda retraer á los almirantes aliados; y si el gobernador de Odesa mismo ha podido en una proclama anunciar que acaso sería menester destruir la ciudad, claro está que la escuadra enemiga no deberá guardar consideración con las propiedades del gobierno ruso porque ellas se hallen ó no contiguas á las propiedades de particulares.

En cuanto al estado oficial de las fuerzas aliadas, vamos á reasumirle en cortas líneas por lo que hemos visto hasta ahora en los periódicos:

Las tres escuadras presentan una fuerza de 43 navíos de línea, 90 fragatas y vapores, y otros 500 ó 600 buques de transporte, de vela y de hélice, y de 25,000 marinos. El ejército consta de 60 á 80,000 hombres, de los cuales 36 ó 40,000 son franceses, 25,000 ingleses y 10 ó 12,000 turcos. En Varna queda una reserva de 20,000 hombres.

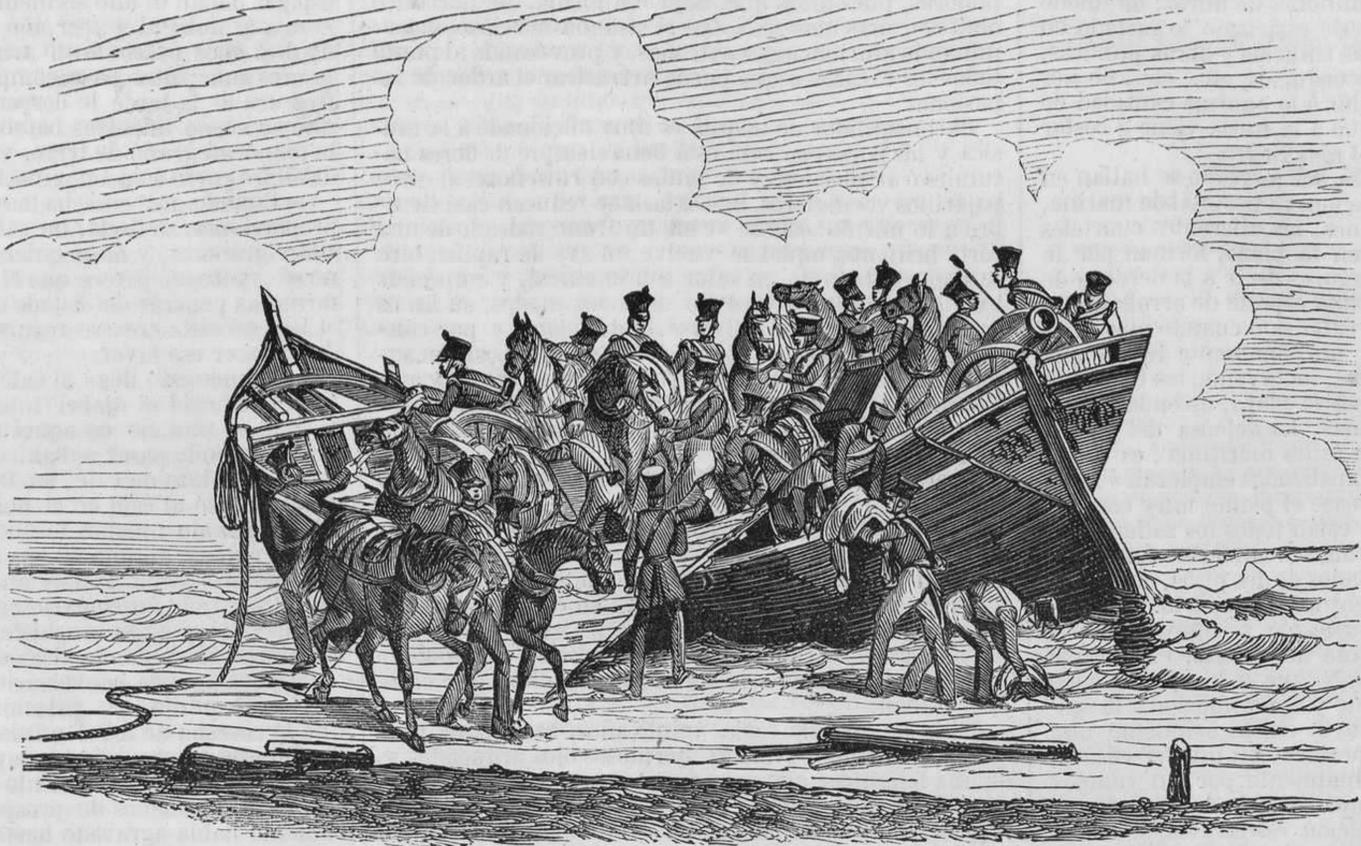
La expedición ha debido partir en el orden siguiente: 8 buques de hélice transportando los zapadores y minadores á la cabeza de la expedición; todos los buques de vela con las tropas de línea, luego todos los vapores, y en fin, los 600 transportes, de los cuales 200 van cargados de provisiones. Los pequeños vapores forman un cuerpo volante, encargado de reunir los buques rezagados ó salidos de la línea. En ménos de una hora las escuadras pueden desembarcar 12,000 hombres, protegiendo ese desembarque con su artillería, y se calcula que en las pocas horas necesarias al desembarque, pueden en caso necesario lanzar de sus 3,000 cañones 300,000 balas y bombas contra la plaza; de consiguiente, ninguna fuerza humana puede impedirselo.

Para facilitar el pronto establecimiento de las tropas en tierra, la escuadra lleva de 30 á 40,000 gaviones y sacos de tierra, de manera que en 24 horas el ejército se hallará á cubierto tras sus trincheras, y en estado de resistir á los ataques del enemigo.

El parque de artillería de línea expedido de Tolon llegará al mismo tiempo que el ejército.

Aunque en las columnas de nuestro periódico hemos hecho ya varias descripciones de la importante plaza marítima de Sebastopol, creemos conveniente completar hoy, aunque con riesgo de repetir algunas cosas en su cuadro descriptivo, ya que los ejércitos aliados se proponen atacarla con un aparato militar cual nunca se ha visto.

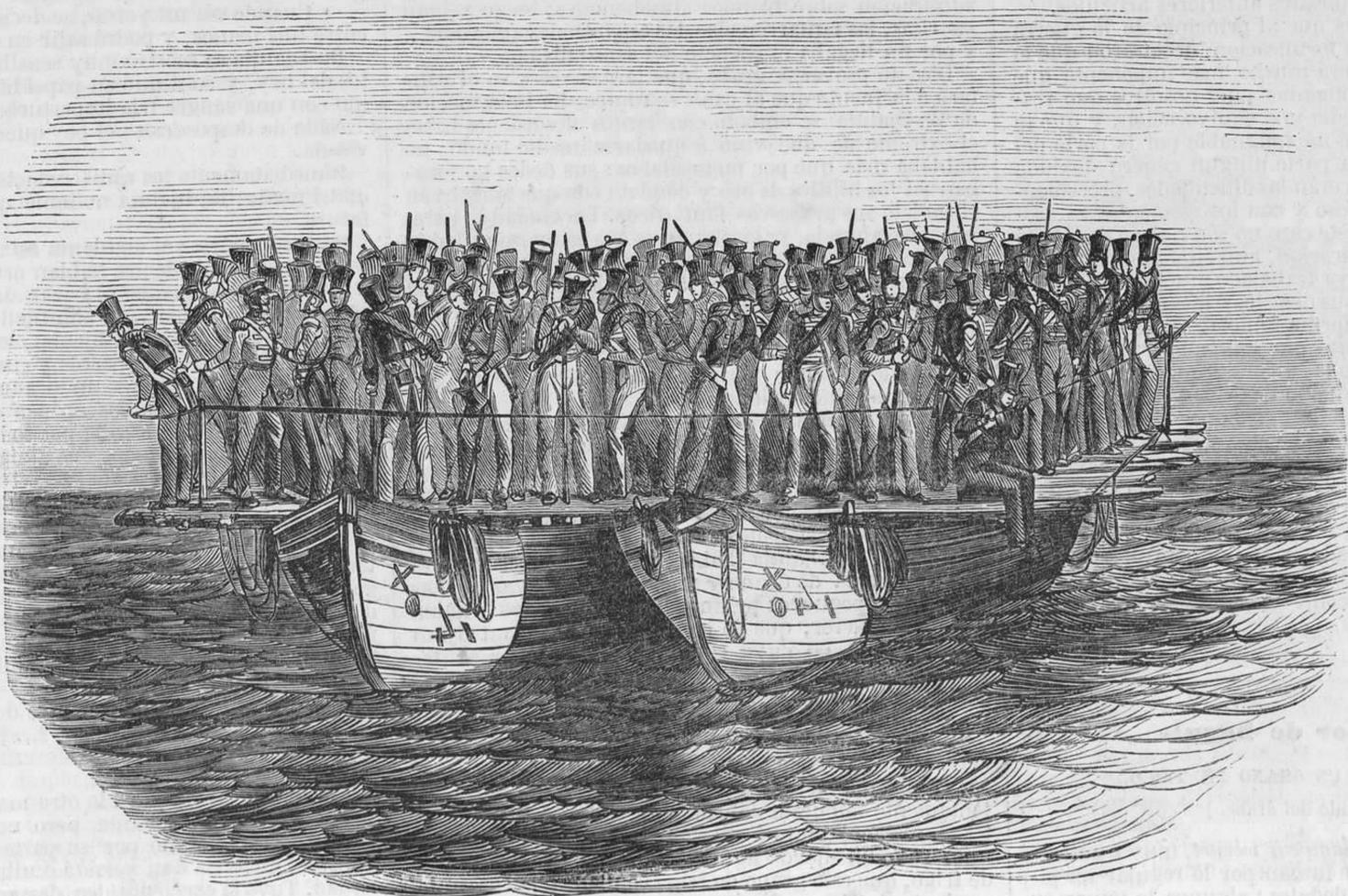
Sebastopol, este centro del poder marítimo militar ruso en el mar Negro, se halla situado, como ya dijimos en nuestros números anteriores, como puesto avanzado en una punta saliente al Mediodía de la Crimea, y muy inmediato á un cabo que los marinos consideran como distintivo esencial del puerto. Después de haber ya doblado el cabo rodeado de arrecifes,



Desembarco de una mahona.



Guardia imperial turca. — Húsar y artillero.



Mahonas de embarque de infantería inglesa, reunidas.

se distinguen las peñas calizas de Sebastopol, que distará todavía unas seis millas. En esta costa hay nueve puertos, abiertos todos en dirección Norte, correspondiendo tres de ellos á la bahía de Sebastopol. El fondeadero del puerto propiamente dicho tendrá una extensión de cerca de cuatro millas marítimas próximamente, y en su mayor anchura vendrá á tener una milla poco más ó ménos. La dirección del mismo va de E. á O., con descenso hácia la parte S. En los recodos de los cerros peñascosos que por todos lados le circundan, se han abierto extensas cortaduras que vienen á formar una especie de pequeños puertos. La ciudad misma se halla situada sobre una altura de poca pendiente, y su

elevación sobre la superficie del mar en el punto más elevado ocupado aun por casas, asciende á unos 150, y en la parte baja á 20 piés. La bahía se halla perfectamente resguardada por las enunciadas alturas, detrás de las cuales sobresalen otros montes, siendo las pendientes de los mismos por el lado del puerto militar tan escarpadas, que á cierta distancia ni aun se distinguen ya los extremos de los mástiles de los buques de guerra. El almirantazgo, arsenal y otras dependencias de la marina se encuentran en la parte baja de la población, construidas en figura de anfiteatro, y está cercada de un muro acasamatado. Estas casamatas vienen á ser unas obras abovedadas de ladrillo y sillares para cubrir la artillería y para alojarse en ellas las tropas. Su espesor viene á ser el mismo que el que tienen las grandes murallas, siendo todas á prueba de bomba.

Sigue después una batería armada de 114 cañones, de los cuales 64 están emplazados á barbeta; y finalmente, junto al puerto denominado de la cuarentena otra batería dotada de 51 bocas de fuego. La totalidad de estas obras defensivas asciende pues á cuatro grandes reductos de mampostería, y cinco baterías con 1,350 piezas de artillería en todo; de modo que si una embarcación intentara forzar la entrada de la rada, se vería expuesta en una extensión de 3000 piés á un triple fuego cruzado de efecto precisamente muy destructor y tremendo. Si se agregan ahora todavía á estos elementos defensivos las baterías volantes, que en la enumeración respectiva no se habían tenido en cuenta, no habrá exageración si se dice que Sebastopol se halla defendido contra un ataque por el lado del mar por 2,000 bocas de fuego.

Lo que concierne á las baterías en general, son, tanto por su construcción como por su número, enteramente una excepción en los anales del arte de fortificación, prevaleciendo en ellas, con exclusión de otro sistema, el de casamatas; pues aun cuando también en otras partes hallan estas una aplicación bastante grande, no sucede sin embargo en tan sorprendente escala. Una circunstancia fatal se advierte en ellas, á saber: que el material de construcción no es, como en las de Cronstadt, granito, sino piedra arenisca; de modo que los inteligentes declaran su resistencia contra el fuego enemigo muy problemática. El coste de estas

obras se valúa en unos 50 millones de duros; de modo que si se agrega todavía á este guarismo lo gastado en la construcción de los demás edificios y obras públicas, como el arsenal, puertos, acueductos, etc., etc., no nos excederemos si hacemos subir á la enorme cantidad de 100 millones de duros lo que á la Rusia viene á costar este formidable baluarte del mar Negro.

La iglesia griega y la plaza del mercado se hallan en la parte superior de la población. El hospital de marina, juntamente con los almacenes, los diferentes cuarteles de las tropas que guarnece la plaza, forman por la parte opuesta del amirantazgo, es decir á la derecha de los fuertes Pablo y Nicolás, una especie de arrabal. Tiene Sebastopol en su mayor extensión cuando mas unos 1,200 pasos de longitud, y próximamente 400 de ancho. El número de habitantes, incluyendo las tropas de mar y tierra, estacionadas en la plaza, ascenderá poco mas ó menos á 40,000 almas. La defensa del puerto tiene una extensión de una milla marítima; es decir, desde el punto en que las empalizadas empiezan á marcar la entrada al arsenal (véase el plano) muy concentrada. En este corto espacio están todos los salientes de tierra, tanto en la parte N. como S. cubiertas con obras de tierra ó fuertes acasamatados de dos pisos, cuyo fuego barre perfectamente la entrada al puerto. Este sistema de defensa queda robustecido y completado por un respetable fuerte en forma de estrella, establecido sobre una altura en la parte N. que á la vez defiende también el mar y todo ataque y aproximación á la costa, mientras que por el lado S. existe asimismo una obra muy imponente que protege con mucha eficacia los accesos á la plaza; y finalmente por un campamento atrincherado, que ocupa como legua y media de la plaza, una excelente posición estratégica, y cuatro cuarteles fortificados en la parte alta de los edificios de la marina. Aproximándose uno al canal que extiéndese de N. á S. vendrá á tener una anchura como de 400 toesas próximamente. ofrece Sebastopol un aspecto aterrador. Llegando primero al cabo Constantino se encuentra en él una batería á barbata dotada de 17 cañones. En seguida, y á corta distancia, se tropieza con el fuerte Constantino, que ocupa una lengua de tierra, armado hasta con 104 bocas de fuego; despues viene una batería triangular con 75, y sobre el mismo costado, un poco mas allá, otra mas pequeña, con 34 cañones. Sobre la segunda batería descuella un grande reducto de forma de estrella artillado con 50 cañones. La escuadra rusa anclada entre la segunda batería y el fuerte Nicolás y Pablo, ambos muy cerca de la ciudad, dotado el primero con 192, y el otro con 80 bocas de fuego, cuenta, según las noticias mas recientes, 700 cañones á bordo. El fuerte Alejandro, que sobre la derecha defiende la entrada al muelle, tiene una dotación de 64 piezas de artillería. Se compone de una torre de piedra con dos pisos de baterías acasamatadas, y un frente de igual construcción que enfila el canal. Sobre la plataforma hay una tercera batería también á barbata.

Grande es la divergencia que existe entre los inteligentes respecto al poderío de tan colosal número de cañones, emplazados en tan reducido espacio; sin embargo, la mayor parte de ellos convienen en que justamente este excesivo cúmulo de material de defensa servirá en caso de un ataque de inmediato obstáculo para que esta sea de consecuencia. Las desventajas y perjuicios que pueden resultar con la circunstancia de que el material de construcción de las obras de defensa es casi en su totalidad de piedra arenisca, la no menor defectuosa construcción de las casamatas mismas queda suficientemente analizado en nuestros anteriores artículos.

Los oficiales franceses que al principio de la guerra visitaron estas obras de fortificación, declararon que el aspecto de Sebastopol era mucho mas imponente que eficaz su defensa. Supongamos pues nosotros que respecto á este aserto medie una equivocación, y que la plaza sea efectivamente inexpugnable por la parte del mar; no existe por otra parte ningún género de duda que por tierra desaparecerán las dificultades, procediéndose á un ataque vigoroso y con los elementos correspondientes, pues para este caso no son nada á propósito aquellas obras de fortificación, aun suponiendo que en tiempos recientes se haya trabajado mucho para salvar ó neutralizar parte de sus defectos é inconvenientes. La ciudad, construida en forma anfiteatral, domina todos los fuertes de tal manera, que hallándose ya en posesión de ella, y ocupando las alturas inmediatas, se hará el enemigo muy luego dueño de todas las obras defensivas. Pretende un viajero inglés que á fines de 1852 recorrió la Crimea, que un cuerpo de ejército que desembarcase en cualquiera de las muchas ensenadas que hay por el lado S. de la ciudad, se apoderaría muy luego de ella, suponiendo que disponga de fuerzas suficientes para batir á las fuerzas rusas concentradas en los alrededores. Demasiado consta esto mismo en San Petersburgo, y por lo mismo se ha apresurado el gobierno á reforzar tanto como ha podido las fuerzas que componen la guarnición.

### El fumador de haquic

ó HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

(traducido del árabe.)

Los consumidores de *haquic* ó *tecuri*, muy numerosos en Constantinopla, le fuman por lo regular en pipas tan pequeñas como dedales; algunos le toman en

píldoras, pues dicen que, bajo esa forma, ese narcótico obra con mas energía sobre el sistema nervioso, determinando alucinaciones extrañas, y provocando al punto todos los excesos á que puede arrastrar el ardor de las pasiones.

El consumidor de haquic es muy aficionado á la música y las flores; su casa está llena siempre de flores naturales ó artificiales, y de jaulas con ruiseñores ú otros pajarillos vocingleros. Sus éxtasis se reducen casi siempre á lo mismo: este se ve en un trono rodeado de una corte brillante, aquel se vuelve un ave de rapiña, otro se siente dotado de un valor sobrenatural, y emprende toda clase de hazañas. Pero de todos modos, su fin es conocido; acaba por volverse tonto ó loco, y por consiguiente moralista. Entónces obtiene una posición social, todo el mundo se honra con llevarle á comer y aun á dormir en el vestíbulo de su casa, y no hay tendero, por pobre que sea, que no se apresure á regalarle sandalias y albornoces.

Ahora bien, habia en Constantina, reinando Daly-bey, un famoso aficionado al haquic, que se llamaba Bakir-bu-Djalula, de oficio bordador de arreos de caballo. Su tienda, pegada al palacio antiguo de los beys, daba á la calle de los Silleros, y era el punto de reunión de todos los amantes del narcótico. En su casa se juntaban algunos jóvenes, hijos de los principales de la corte, y muchas grandes cabezas que compadecían á Mahoma, porque no habia conocido las báquicas delicias que ellos disfrutaban.

Bakir-bu-Djalula tenia veinte años, una buena presencia, con rostro ovalado, hermosos ojos arqueados y de una languidez que daba á su mirada algo de vago y de estático. Sus bigotes castaño oscuro sobre un labio superior muy levantado acusaban una naturaleza altiva. Sus manos y sus piés, al aire siempre, según la costumbre árabe, ofrecían un dibujo perfecto. Bu-Djalula pertenecía á la aristocracia del oficio, bordaba sobre taflete. Pero lo que mas realizaba la distinción de su persona, era lo bien aliñado que iba constantemente: su traje era del mejor gusto; componiase de un calzon ancho de color de lila, con una chaqueta y dos chalecos verde manzana de tafetan de Túnez, y sobre este un largo haik ó djerid de seda blanca con rayas del mismo color, cuya punta adornaba graciosa-mente su rostro, enlazada bajo su turbante de muselina blanca bordada de seda cruda. Al verle en su tienda tan bien vestido parecia hijo de un bey ó de un bajá.

En cuanto al carácter, Bu-Djalula no se parecia á nadie. Aunque estaba orgulloso de su oficio, aunque era caritativo y hacia muchas limosnas con reserva, una vez puesto el sol, se entregaba á una existencia excéntrica. Los obreros musulmanes un poco acomodados tienen generalmente una casa en la parte sosegada de la ciudad, y una tienda en el barrio del comercio. Su casa, á eso de las ocho, se volvía un lugar de diversion, donde se retiraban algunos jóvenes afamados por su talento, por su habilidad en el canto ó por su destreza en la caza. Entónces Bu-Djalula se transformaba en poeta. Su sala adornada con alfombras y tapices de colores brillantes, estaba iluminada como la mezquita principal en la noche de la natividad del profeta; por todas partes se veían ramos de flores, un negro regalaba á los convidados con gobos de flor de naranja, y la vida comenzaba... La pipa de kif (esta palabra quiere decir *bienestar del alma y de los órganos*, sinónimo de haquic) pasaba de mano, y mientras cantaban los ruiseñores, cada cual se entregaba á las delicias de la admiración sobre blandos almohadones; luego venían las risas, las fanfarronadas, las expansiones amorosas... y por fin llegaba el silencio del sensualismo.

Dice un proverbio árabe, que tantas veces va el cántaro á la fuente que al cabo se rompe. La imaginación de Bu-Djalula se embotó con tantos desórdenes hasta el extremo de que vino á quedarse medio mudo; no hablaba mas que por monosílabos; sus dedos no tocaban ya los hilillos de oro y de plata con que trazaba en el taflete sus arabescos fantásticos. La ciudad le parecia nauseabunda, y la charla de sus camaradas habia perdido para él todos sus anteriores atractivos. Le gustaba pasearse solo sobre el llano de Mecid (al Noroeste de Constantina) ó sentarse en una de esas praderillas que dominan como nidos de águilas el precipicio del Rumel; allí pasaba horas para renacer á la vida, contemplando la verde yerba y el esplendor del sol para olvidar sus alucinaciones.

Si á veces permanecía aun algunas horas en su casa, era únicamente para deleitarse en el canto de un bonito ruiseñor que habia cogido el año anterior en una de esas cazas que tanto les gustan á los fumadores de haquic. Este ruiseñor habia adquirido mucha nombradía entre los aficionados al narcótico por la suavidad de su voz. Bu-Djalula habia mandado hacer para él una jaula toda de ébano y marfil, entre cuyas rejillas chispeaban pequeños prismas de cristal. Tanto le habia llegado á querer, que le consideraba como un djinn transformado, en cuya conservación estribaba su felicidad.

¡Dios sabe si el pobre Bu-Djalula no principiaba ya á perder el juicio!

Una mañana que seguía, envuelto en su albornoz, la calle de Ferame Burume, que desemboca en El Kantara, llegó á distraerse un poco de sus negras ideas; subió lentamente la cuesta del Mansura (al Sur de Constantina), se sentó junto á un sembrado de trigo y se durmió. Tuvo un sueño: figurósele que recogía un grano de trigo, que este grano de trigo confiado á la tierra, le producía el primer año sesenta espigas, que las sesenta

espigas daban al año siguiente un sa'a (hectólitro) que el sa'a le daba al tercer año diez sa'as, y que al cabo de diez años poseía tanto trigo, que solo un rey tenia tesoros suficientes para comprarle toda la cosecha. La frescura de la tarde le despertó, y levantándose continuó su sueño mientras bajaba á la ciudad. Llevaba en la mano un grano de trigo, y metiéndosele en la boca, dió libre curso á su imaginación.

— Cuando mi cosecha haya llegado á tomar tales proporciones, se decía, no sabré donde meterla; necesitaré graneros, y no sé quien me los alquilará... no sé, no sé... pero me parece que el bey no se negará á prestarme las paneras del Estado mediante una retribución; el bey necesita crearse recursos... y me felicito de poderle hacer ese favor.

Y diciendo esto llegó al café de los Turcos calle de los Judíos. El caid-el djabri (intendente de subsistencias) se hallaba sentado en aquel momento á la puerta del café, y viendo pasar á Bakir-bu-Djalula, le convidó á tomar una taza de café. Bu-Djalula respondió con una sonrisa, besó al caid en el hombro y se sentó, pero no habian pasado muchos minutos cuando le preguntó si queria el bey alquilarle sus paneras para guardar el fruto de su cosecha. Tan seriamente propuso la cuestión, que el honrado funcionario no concibió la menor duda, y respondió que con muchísimo gusto se encargaria de comunicar su demanda al señor Daly-bey.

Despues de esta conversacion se separaron. El caid corrió al punto al palacio, pues es de advertir que la cosecha de los dominios habia sido muy mala el año precedente, que el bey se hallaba en grandes apuros, y que en el momento en que Bu-Djalula se entregaba á sus sueños de prosperidad, un triste acontecimiento habia agravado hasta lo sumo la embarazosa posición del soberano. Bu-Ralad, caid de los Seguias, se habia sublevado, y para ahogar en su cuna la insurrección que se presentaba con síntomas alarmantes, Daly-bey habia decidido marchar inmediatamente á la cabeza de su ejército sobre el teatro de la rebelion.

Al oír la proposición que le hacían, creyó la provincia salvada. En el mundo musulman los negocios se tratan rápidamente. Temiendo que se le escapara la ocasión, Daly-bey quiso lisonjear al rico propietario; pensó asegurarle una buena posición en la corte, é imaginó casarle con una de sus hijas... Al otro día, un criado del palacio llamaba á la puerta de Bu-Djalula, que como se sostenia únicamente con píldoras de haquic, habia perdido, por decirlo así, el hábito de las emociones. Oyó las palabras del criado, se levantó y se fué tranquilamente hácia el palacio, lo mismo que si se tratara de la cosa mas natural del mundo. Al verle entrar, los negros, los guardas y los criados se inclinaron respetuosamente; Bu-Djalula continuaba soñando...

Se abrió la puerta del medjless (salon del trono), y el bey, anciano de barba blanca, salió al encuentro de Bu-Djalula.

— ¡Dios te guarde, hijo mio! le dijo con acento afable. Hemos pasado la mañana esperándote.

Y le ofreció uno de los almohadones de brocado en que se apoyaba.

Bu-Djalula se instaló en el sofá de su alteza, con mucho asombro de los caids, los cadis, los muphtis y los cheikhs que llenaban el salon. Despues de muchos cumplimientos, Daly-bey tocó á los asuntos de interés, pero le pareció poco digno principiar por el negocio de los granos, y prefirió encadenar primeramente con los insolubles al rico capitalista, con cuyo fin le propuso la mano de su hija segunda.

— Cuando sea mi yerno, se decía, tendré su fortuna entre mis manos, y podré salir en mis apuros.

Bu-Djalula se mostró muy sensible á los ofrecimientos del bey, y continuó su papel hasta el último extremo con una sangre fria imperturbable.

Nada de desposorios; el bey queria una boda improvisada.

Inmediatamente los cadis redactaron el contrato de matrimonio; Bu-Djalula no tenia que pagar dote á su futura.

Se pasó un día; al siguiente estaban hechos los preparativos de la boda; se habian ordenado regocijos en las plazas públicas; en el bazar de Suk-el-Asr, bailes de negros; en la plaza de Sidi-Djellis, los titiriteros de Marruecos; en Rahbet-el Djemal, los barqueros aicana con sus serpientes, sus perros y sus cuchillos.

Sin embargo, todo el mundo admiraba la calma del novio; sus ojos lánguidos apenas daban la menor señal de contento. Se paseaba por toda la ciudad vestido de gala sonriendo á todos sus amigos. Cuando llegó la noche, los grandes del suakzen, tuvieron la honra de asistir á las bodas de Bu-Djalula. Cada uno de ellos le besó las manos y quiso complacerle; pues agradecerle á él era agrandar al bey de Constantina. Por fin, á la mitad de la comida dos negras alzaron en silencio la colgadura de terciopelo, y se presentaron á la extremidad de la sala; Daly-bey se levantó, tomó á su yerno por la mano y le llevó al aposento de su hija.

Bu-Djalula se enlazó con la familia de su alteza por un nudo sagrado.

Pero bien luego debia tratarse de ajustar cuentas; ¿cómo revelar la verdad al bey?... Dios es el dueño de los mundos; Dios salva á sus criaturas de todos los peligros.

Bu-Djalula creyó que á la otra mañana el bey le pediría cuenta de su fortuna, pero no sucedió así, pues Daly-bey se imaginó por su parte que, atropellando las cosas, incitaría á su yerno á ocultarle una parte de la verdad. Tuvo la excelente idea de arrancarle su secreto por medio de las mujeres, y en efecto dijo á su mujer:

— Manda á tu hija que le pregunte donde tiene sus granos provisionalmente.

La mujer del bey se fué á su hija y la aconsejó que desplegara todos los recursos de la coquetería para obtener la revelacion de un secreto que interesaba no solo á la familia, sino al Estado.

¿Es mas provechoso para el hombre el ser loco que razonable? tal es nuestra pregunta.

Bakir-bu-Djalula, arrojado de pronto fuera de su vida contemplativa, marchaba por la primera vez por el camino de la realidad; las ideas nacian con claridad de su cerebro; oia distintamente la voz del barach (pregonero) anunciando su suplicio en la ciudad; ¿porqué no se habia quedado en su tienda?

Sin embargo, se decidió á jugar el todo por el todo. En cuanto se volvió al cuarto nupcial, dió una mirada de admiracion á su mujer, luego se sentó á su lado, y la encontró llena de gracias. El amor habia penetrado en su corazon, sentia mucho la muerte. A veinte años se olvida hasta el pensamiento de la muerte junto á una mujer amada; un apretón de manos dispó su melancolía como por encanto.

Lella Sicambor (este era el nombre de su mujer) tomó una derbuka (tambor de cristal), y dejando caer sus ágiles dedos sobre la piel del instrumento, marcó el compás de un canto nacional. Al preludio del canto, el marido mezcló los acentos de su voz. Una hora despues la jóven esposa le preguntaba con zalamería, porqué tardaba tanto en descubrir sus tesoros, porqué hacia un misterio de una cosa tan natural, y porqué en fin, dejaba á su esposa querida en las angustias de la incertidumbre.

El príncipe de un dia besó en la frente á la bella curiosa, y luego metiéndose los dedos en la boca, sacó de ella un grano de trigo, y respondió.

— ¡Este es mi capital! con la ayuda de Dios podemos ser los mas opulentos del mundo.

La hija del bey se puso pálida y se desmayó; ¡su marido estaba loco!...

Bu-Djalula al tomar posesion del suntuoso aposento que le habia dado el bey en su palacio, no se habia olvidado de trasladar allí la jaula de su ruiseñor favorito. Lella Sicambor no tenia mas que un defecto, pero un defecto terrible para un marido amante del reposo, era celosa. La predileccion que manifestaba Bu-Djalula por su pájaro melodioso, la habia parecido un ultraje para ella, y como la mujer es vengativa, se habia apresurado á aprovecharse de la ausencia de su marido para abrir maliciosamente la puerta de la jaula donde estaba encerrado el odioso ruiseñor. Seducido ya por la vista de los naranjos, los granados y los nárts, cuyas ramas se mecian junto á la ventana donde estaba la jaula, el ruiseñor no titubeó en aprovecharse de la libertad que le acordaban, y de un vuelo llegó á un granado en flor, pareciendo dar gracias con sus cantos á su bella libertadora.

Sin embargo, Lella Sicambor estaba un poco inquieta por las resultas que podia tener su pequeño golpe de Estado, que habia tenido lugar pocos momentos antes de la conversacion que acaba de ser relatada. Los síntomas de enagenacion mental que Bu-Djalula habia manifestado delante de ella habian aumentado la ansiedad de su alma.

En toda la noche los jóvenes esposos no pronunciaron una sola palabra; solo Bakir pudo cerrar los ojos. En cuanto el alba deslizó su luz naciente sobre el lecho nupcial, Bu-Djalula bajó á los jardines del palacio. Cerca de los bosquecillos de jazmin habia una plataforma de mármol blanco, que solo estaba abierta por el lado de Oriente; allí iba todos los dias Daly-bey á cumplir sus prácticas religiosas.

Bu-Djalula fué tambien y principió una ardiente plegaria, suplicando al Altísimo que cerrara el abismo que la fatalidad abria bajo sus pasos. Antes de ponerse á rezar habia dejado sobre el mármol delante de él, el mágico grano de trigo, origen de sus visiones y causa singular de su efímera grandeza. Siguiendo el rito tradicional de los fieles adoradores del profeta, se arrodillaba y se levantaba alternativamente recitando los versículos del Alcorán. Acababa de prosternarse sobre el mármol por tercera vez y le besaba con fervor, cuando el ruido de las alas de un pájaro le hizo levantar los ojos de repente. ¡Grande fué su sorpresa cuando descubrió á pocos pasos de distancia á su ruiseñor favorito sobre una mata, deleitándose en comer el pobre grano de trigo. Bien que los vapores condensados por el haque en su cerebro exaltado comenzara á disiparse, Bu-Djalula consideraba siempre aquel grano de trigo como una especie de talisman cuya pérdida debia precipitar el terrible desenlace, en el cual no podia pensar sin estremecerse de espanto. Pero ¿cómo habia podido escaparse el ruiseñor? ¿Qué fatalidad habia querido que fuera á parar justamente sobre el mármol donde Bakir habia depositado su grano de trigo? Bu-Djalula se encolerizó con esa ira frenética propia del aficionado al haque, y exclamó rabioso:

— ¡Ah! miserable, ingrato, no solo me abandonas, no solo olvidas mi amor y mis cuidados, sino que te atreves á robarme mi última esperanza. ¡Te cogeré muerto ó vivo!...

Y en seguida sube á su cuarto, toma una escopeta, baja y se precipita á buscar el desertor. El ruiseñor á la vista de su amo, despliega sus alas, suelta un grito y pasa sobre los muros del palacio en la direccion del Cudiat-Ali (Oeste de Constantina). Bu-Djalula corre á la montaña donde vegetaba un antiguo olivo medio quebrantado por los vendavales. El corazon de Bakir late violentamente al acercarse al árbol, pues apenas se

atreve á esperar que en él haya detenido su vuelo el fugitivo. Se oye un ligero silbido de repente, y el pájaro se escapa del olivo, en direccion al Sur, pero su vuelo no es muy rápido, y hasta se diria que se complace en permanecer como inmóvil en el espacio, esperando á que se acerque su amo. Sin embargo, no se pone nunca á su alcance, como si conociera el peligro con que le amenaza el arma de Bu-Djalula. Todo el dia Bakir corrió detrás de su presa; era entonces la época de los dias mas largos del año, y cuando vino la noche, Bu-Djalula se hallaba sin fuerzas, rendido de sed y de fatiga.

Habian llegado en fin, á un valle delicioso, lleno de sombra y de verdura mantenida por un límpido arroyuelo. El ruiseñor no ménos cansado que su amo, cae sobre una morera que dominaba aquel oasis en miniatura.

— ¡Ah! ¡pícaro animal! decia Bu-Djalula apagando su sed por entre unas matas de laureles; al cabo puedo acercarme á tí... ¡tu muerte dejará satisfecha mi venganza!...

Ya su dedo se apoya en el gatillo, se acalló el cantante alado... Pero de repente oye un ruido parecido al que produciria un caballo á escape, Bu-Djalula temiendo que llegue un enemigo se oculta entre unos matorrales, con los ojos clavados en la direccion por donde se oye el ruido. Bien luego distingue un hombre alto, robusto, con los ojos ardientes y una escopeta al hombro. ¿Qué quiere en aquellos lugares solitarios? Bu-Djalula, inmóvil y conteniendo la respiracion, le observa con ansiedad. Al llegar cerca de los laureles, el desconocido para el caballo, mira en torno suyo con ojos escudriñadores y trata de descubrir si habrá por aquellos sitios algun otro viajero. Seguro de que nadie presencia sus acciones, se apea al borde del arroyo. Cerca de allí habia una piedra enorme: el desconocido la levanta, y la separa con una facilidad que anuncia una fuerza poco comun; debajo habia un hoyo. Bu-Djalula ve que descarga despues una maleta y que la deposita con cuidado en el hoyo; no hay duda, aquel hombre enterra algun tesoro.

En el momento en que se inclinaba sobre la zanja, Bu-Djalula pudo distinguir mejor sus facciones. Aquel hombre misterioso es Bu-Ra'ad, el caid de los Seguias; está delante del rebelde contra quien debia marchar en persona el bey de Constantina. Un agudo silbido del ruiseñor saca á Bu-Djalula de su asombro, y le parece como un aviso de lo que debe hacer. Entonces, armándose de sangre fria, apunta al corazon á Bu-Ra'ad; sale el tiro... y el jefe árabe cae herido mortalmente, mientras el pájaro vuela con espanto.

Bu-Djalula se conmueve hasta tal punto, que se determina en él como una súbita revolucion; sus ideas se aclaran, y su razon como si despertara de un letargo profundo recobra el imperio de su inteligencia con el de sus sentidos. Lo primero que hace es prosternar el rostro en tierra para dar gracias al Altísimo, y luego corta la cabeza del caid, la envuelve en un haik y saca del hoyo la maleta. Poseedor de estos trofeos, salta sobre el caballo y galopa hácia Constantina.

La aparicion de Bu-Ra'ad en aquellos parajes le dice á Bakir que se halla sobre el territorio enemigo, y que en tanto que permanezca allí, peligras su vida. Una hora hacia que iba corriendo por montes y por valles, cuando al salir de un estrecho barranco distingue una porcion de hombres á caballo. ¡La fuga es imposible! El desgraciado Bu-Djalula alza los ojos al cielo como un hombre que se prepara á sufrir una muerte inevitable. Ya cree sentir en su pecho el frio acero del yatagan, cuando se oye el grito de ¡Bu-Djalula! ¡Bu-Djalula! repetido por cien bocas. Son los soldados del bey, que le rodean y se apresuran á llevarle cerca de Daly-bey que seguia á sus ginetes á poca distancia.

Al aspecto de su yerno, el príncipe de los creyentes frunce las cejas, y se dispone como á dar alguna orden siniestra. Pero Bu-Djalula se apresura á sacar de entre los pliegues del haik la cabeza de Bu-Ra'ad y exclama:

— ¡Oh, mi amo! tu esclavo habia jurado no descansar ni comer hasta que te hubiera vengado de un súbdito traidor y rebelde; su deseo está cumplido, pues aquí tienes ¡oh, señor, la cabeza y los tesoros del caid de los Seguias!

La vista del oro y las pedrerías que saltan de la maleta á los piés del bey calman su cólera, pero su entusiasmo no conoce límites cuando ve rodar la cabeza sangrienta de Ra'ad (4).

— Dios es grande, hijo mio; él es quien te ha guiado, y él es quien me ha inspirado la idea de casarte con mi hija querida.

Satisfecha la primera expansion de gozo, piden á Bu-Djalula que cuente como ha podido llevar á cabo un suceso tan maravilloso como la derrota del caid por un solo hombre, en el seno mismo de la poderosa tribu. Rara vez Bu-Djalula carecia de imaginacion, y esta vez la exprimió sin escrúpulo para dar á su accion todos los colores del heroísmo mas brillante. Como sus pruebas estaban allí, no habia que replicar nada; por eso todo el ejército estuvo unánime en proclamar á Bu-Djalula, como el padre de los soldados, el emir de los guerreros, ¡el bendito de Dios!

La tribu de los Seguias se sometió, pagó una enorme contribucion, y todos se volvieron á Constantina.

El sueño principiado junto á un campo de trigo se concluyó con un triunfo cuyo recuerdo conserva el pueblo todavía.

(4) Bu-Ralad quiere decir en árabe, terrible como el rayo.

A falta de su capital imaginario, Bu-Djalula llevó su tesoro en dinero, diamantes, collares y otras alhajas.

¿De qué sirve la sabiduria?

A. C.

## Los dos primos.

(Conclusion.)

Despues, levantándola de repente á los pocos minutos de silencio:

— ¡Ah! sí, en efecto, exclamó, veo uno... pero solo se puede emplear con tu consentimiento.

— Entonces te has salvado, le dijo Jorge con alegría; es muy justo que el que ha hecho el mal lo repare.

— Pero, replicó Armando, se trata de una cosa que valdria muy poco su resultado si tú no te encargas de hacerla... Comprenderás en efecto que tendria muy poca gracia que te acusara yo mismo...

— En efecto, le interrumpió Jorge, tienes razon; el ministro debe conocer al verdadero culpable, y es mejor que sea por medio de una confesion que de una denuncia.

— Esto mismo.

— Nada mas sencillo; pido una audiencia, y le digo que una indisposicion te precisó á confiarme la redaccion de un asunto que no podia detenerse; que yo he cometido la falta: con esto no tienes ya que temer su enojo, que seria una injusticia cayese sobre tí.

Mientras que Jorge corria al ministerio, Armando recibia la visita de M. Dumesnil, que acosado por las instancias de M. de Brevannes, venia al fin á entenderse con su futuro yerno, y á fijar el dia en que habia de firmarse el contrato. M. Dumesnil, como todos los de las colonias, fumaba mucho; no podia tratar el asunto mas grave ó el mas ligero sin tener el cigarro en la boca; se podia decir que la mayor ó menor lucidez de su razon estaba en relacion con la atmósfera de humo que le rodeaba. Su primer palabra, despues de los saludos de costumbre, fué pedir fuego á Armando: este colocó una bugia al lado de M. Dumesnil, y le dió el primer papel que le vino á la mano. Nuestro colono se sentó y se puso á encender el cigarro; durante esta operacion, sus ojos se fijaron por un momento sobre el papel, que estaba escrito.

— ¡Ah, ah! dijo con aire de sorpresa.

— ¿Que es eso? preguntó Armando.

— Nada..... la llama que se acercó demasiado á mi dedo.

Y M. Dumesnil, despues de haber apagado el papel, le leyó rápidamente y le guardó por distraccion en el bolsillo; y en lugar de tratar el objeto de su visita, se puso á hablar de cosas indiferentes, y se despidió de Armando á los pocos minutos.

Apénas habia salido entró Jorge.

— ¿Y bien?

— Mi querido Armando, he visto al ministro; pero creo que no hemos elegido buen medio.

— Me haces temblar.

— Por lo demás, no puedo decirte nada positivo: despues de haberme escuchado con mucha atencion, el ministro me respondió con voz muy seca:

— Os doy las gracias, caballero, por esta explicacion; podeis prevenir á vuestro primo que hoy como con su padre, y que aprovecharé la ocasion para disculparme.

Armando fué de la misma opinion; no encontró mas seguro que el laconismo de esta respuesta, y su ansiedad crecia á medida que se acercaba la hora de comer, que le pareció haber llegado ya muy pronto. Era una comida de familia, á la que asistia solo un extraño, el ministro. Armando y Jorge se quedaron igualmente sorprendidos de la acogida que les hizo cuando se presentaron en el salon: lo que se mostró de indiferente con el primero, se mostró de amable y obsequioso con el segundo. El ministro, previa una señal de asentimiento que le hizo M. de Brevannes, se volvió hácia Armando, y le dijo:

— Me apresuro, caballero, á confesaros la doble falta que cometí esta mañana; he hecho recaer sobre vos el mal humor que otro habia provocado, y este mal humor mal aplicado encerraba la torpeza no ménos grave de no ser fundado. Ilustrado por la reflexion, me he convencido que las conclusiones establecidas en el informe eran mas claras, mas lógicas y mas profundas que las mias: de modo que no era resentimiento, sino reconocimiento lo que debia á su autor. M. Jorge me permitirá que le manifieste aquí altamente mi gratitud; es una deuda adquirida con tanto mas placer, cuanto que me ha sido fácil reconocer por el estilo el verdadero autor de todos los trabajos que hasta ahora me ha presentado su primo.

— ¡Mi hijo! exclamó á su vez M. de Brevannes echando á Armando una mirada severa; yo soy quien he exigido de mi amigo que os dé esta leccion; deseo que la aprovecheis para lo sucesivo.

Armando, colorado de vergüenza, tenia los ojos fijos en el suelo; pero su confusion fué mucho mayor cuando M. Dumesnil, sacando de su bolsillo un papel medio quemado, exclamó:

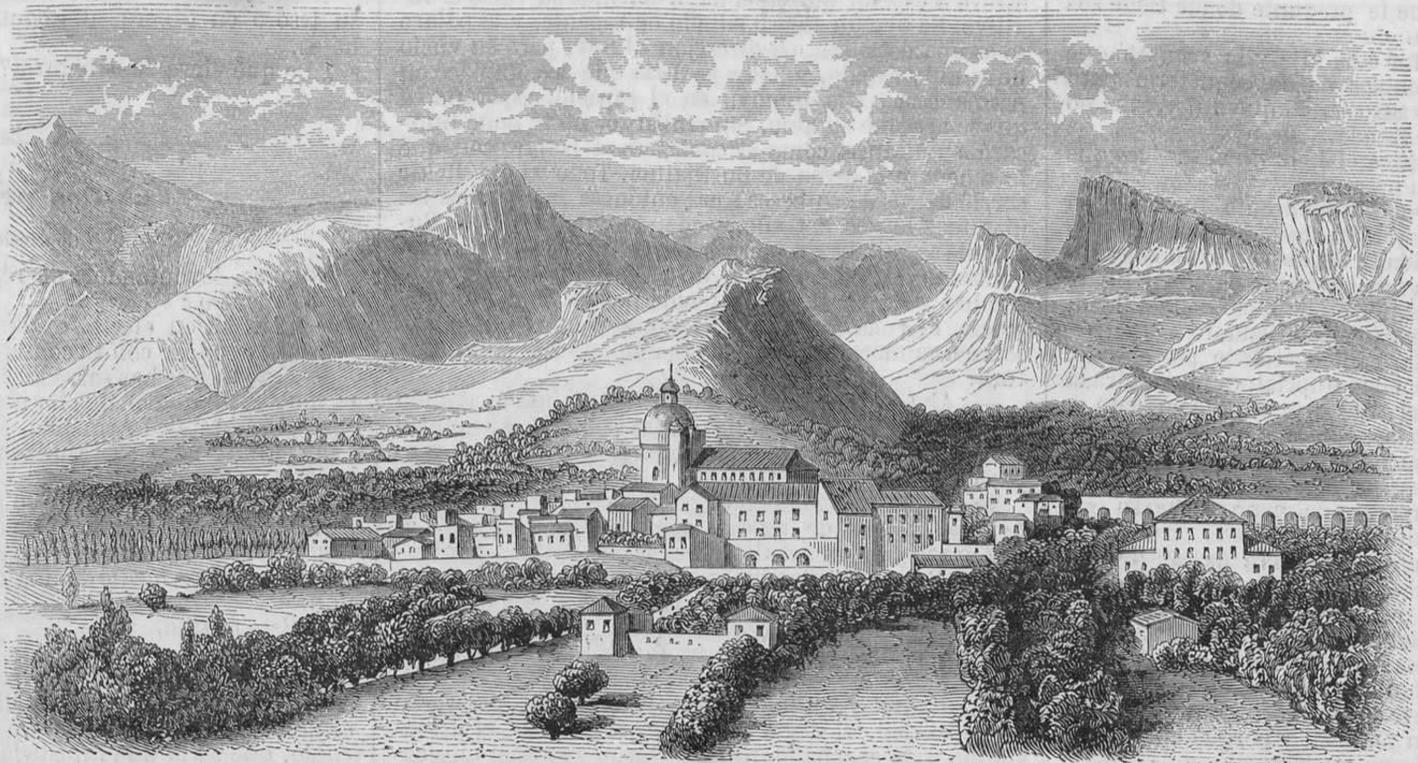
— Mi querida Lucia, la explicacion que buscamos se ha hecho muy sencilla; de la misma mano salian los informes del secretario y las cartas amorosas del pretendiente.

Armando ensayó balbucear algunas palabras: M. Dumesnil le interrumpió enseñándole el papel.

— No hacia falta, pobre jóven, conservar este horrador, escrito de mano de tu primo, y mucho ménos dármele para encender el cigarro.

¿Qué sucedió? Fácilmente lo adivinarán nuestros lectores: desde el día siguiente Armando vió ocupar á Jorge su plaza de secretario, y tres semanas despues se firmaba un contrato en casa de M. Dumesnil; era el de Jorge y Lucía.

En el momento en que esto escribimos, Jorge es uno de los miembros mas distinguidos del Consejo de Estado: en cuanto á su primo, posee la única celebridad que fué apto para adquirir, la de sus locas prodigalidades.



Nuevo camino de las Gargantas del Vercors. — El pueblo de Die y las montañas del Vercors.

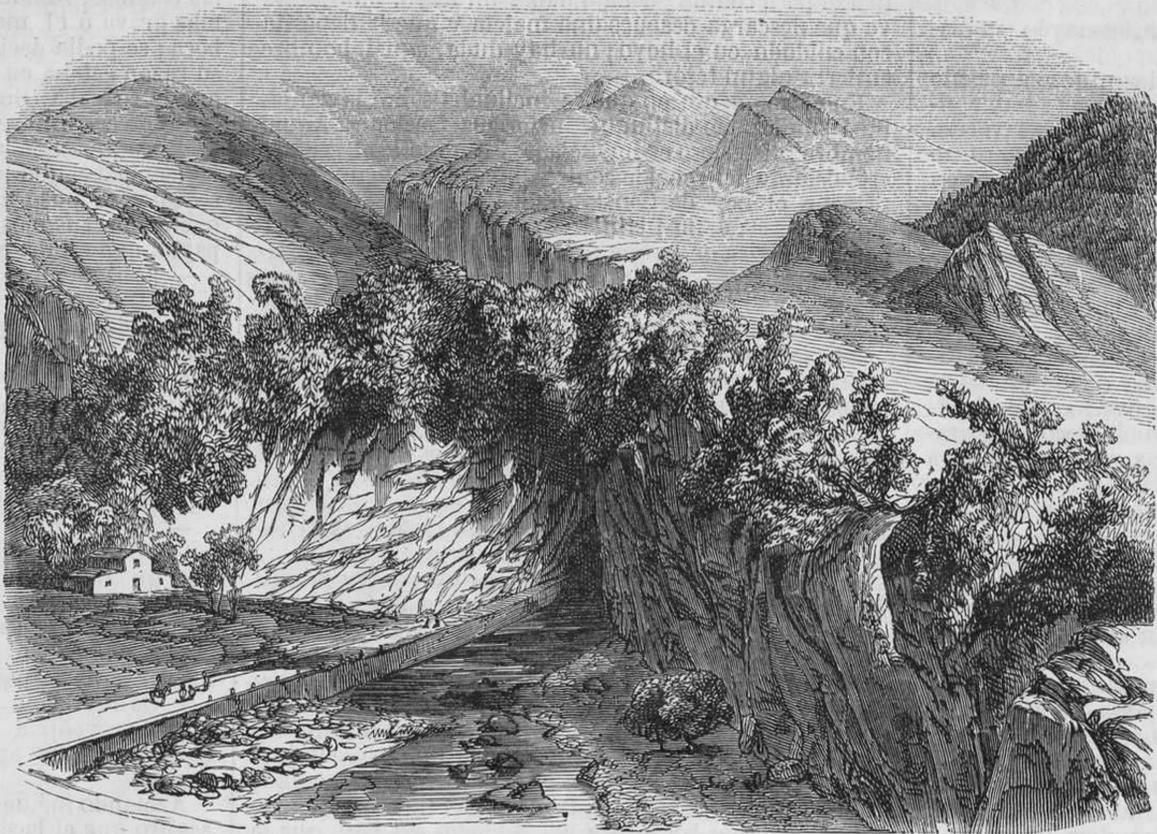
## CAMINO

### de las gargantas del Vercors.

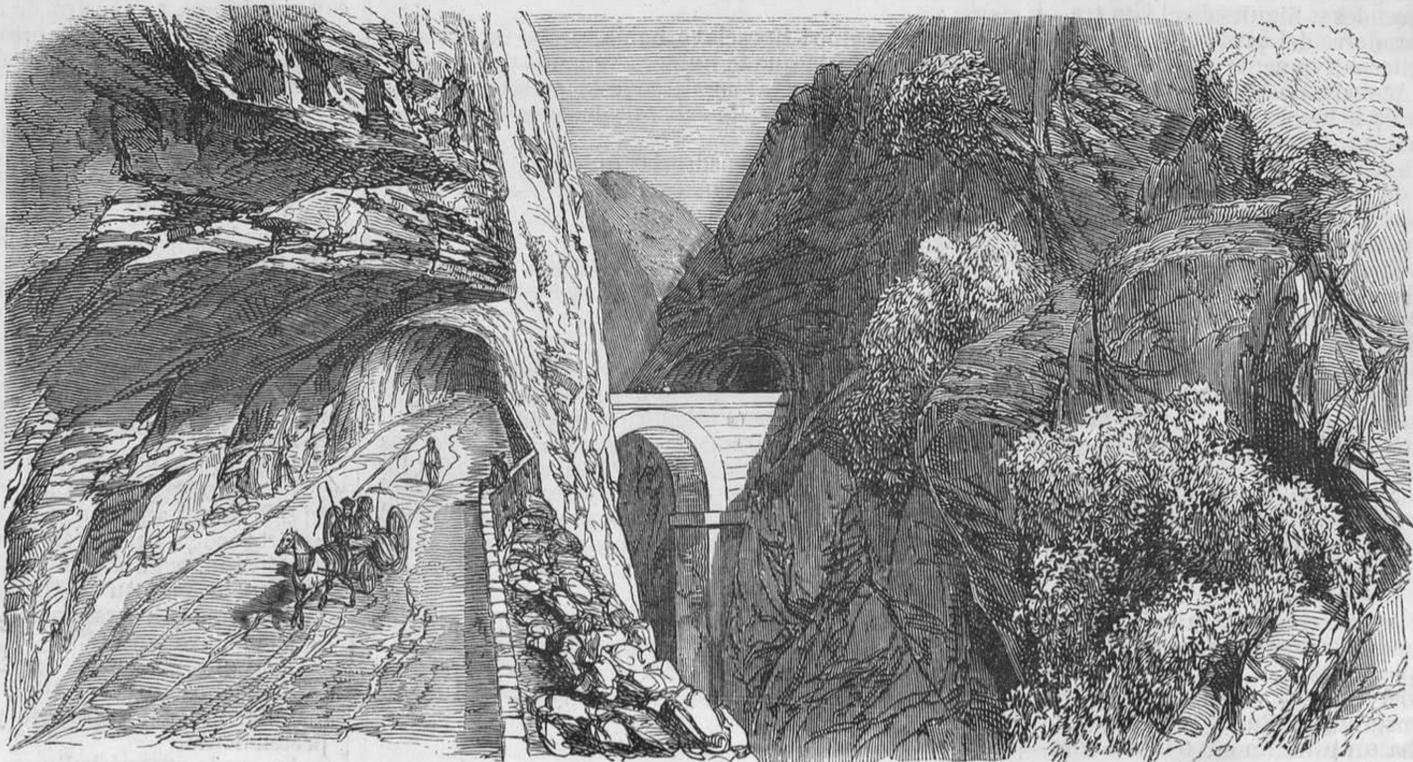
La descripción que sigue y los dibujos que la acompañan merecen ocupar un puesto en una publicación como la nuestra que aspira á presentar el cuadro de la época actual visto bajo todos los aspectos que pueden interesar á los contemporáneos, é instruir á los curiosos en lo venidero. ¿Cuánto no daríamos por poseer una colección que se hubiera propuesto por objeto el trazar, como nosotros lo hacemos hoy, el movimiento de los hechos y de las ideas en los pasados siglos, poniendo en evidencia las creaciones de la industria al par que las tendencias de la literatura y de las artes; abrazando, en una palabra, á cada hora los rasgos y caracteres de la múltiple escena cuyo encadenamiento forma la historia de los pueblos?

Hoy día sobre todo, es preciso apresurarse á recoger cuanto queda de los tiempos pasados; no basta representar lo que acaba de nacer, es preciso mostrar también lo que procede de otros tiempos ántes de que el cambio de las costumbres, de los trajes y de las condiciones sociales, apresurado por la rapidez de las comunicaciones, por la enseñanza mutua que resulta del cambio y de la recuperación de los sentimientos y de las ideas haya producido en las costumbres, los trajes y las condiciones sociales la uniformidad que se ve en todos los países sometidos desde hace largo tiempo al régimen de la civilización moderna.

Se acaba de abrir en el Vercors un camino muy notable, que presenta en un corto espacio de terreno una parte de las obras y de los si-



Entrada de las Gargantas por el lado del Vercors.



Puente sesgado entre dos bóvedas subterráneas.

tios mas sorprendentes que se admiran en las hermosas montañas de los Alpes.

El Vercors es un gran conjunto de montañas, situado en Francia entre los departamentos del Drome y del Isere, y en cuyo centro se abre un estrecho valle, profundamente encajonado entre pendientes cubiertas de bosques. Por estas cuestas se sube á las cúspides de los picos cercanos, cuya parte exterior se halla cortada casi verticalmente por todos lados. Se podría comparar este valle aéreo á un canastillo de flores sobre la espalda ó la cabeza de un gigante.

Los bosques que cubren esas montañas son de propiedad del Estado, pero

su explotación habia sido imposible hasta este día, por la ausencia de caminos que atravesaran esos gigantescos promontorios. Sin embargo, como las aguas del valle del Vercors debian tener una salida, se escapan en efecto por una garganta estrecha, cortada á pico en la montaña, cuyas grandes masas peladas se levantan sobre las dos orillas del torrente. Esto es lo que llaman las Gargantas del Vercors.

En el año de 1629 se concibió el proyecto de abrir una carretera en esas regiones casi inaccesibles, y con ese fin se hicieron y se presentaron diferentes estudios. M. de Montrichet, que ejecutó despues el magnífico acueducto de Rocquefavour, fué encargado en 1834, por el consejo general del Drome, de presentar un plan de ejecución; pero habiendo salido de Die poco tiempo despues, no pudo ocuparse de ese trabajo, y las cosas permanecieron así hasta 1838.

Lo que se llama el Vercors, dice una memoria de la que tomamos los siguientes pormenores, es un valle de 35 kilómetros de largo, sobre 5 á 6 de ancho, á unos novecientos metros de elevación sobre el nivel del mar. De modo que no se puede llegar á él sino despues de haber atravesado montañas de una altura considerable.

Antes de que se abriera el camino, la población de ese valle que será de unas 5000 almas, tenia en movimiento diariamente de 70 á 80 mulas, hácia los centros de cambio.

Los buenos bosques que posee el Estado en ese valle, permanecian improductivos por falta de un medio de transporte que permitiera el acarreo de la leña.

Los trabajos que habia que hacer para abrir la carretera, se adjudicaron el 9 de setiembre de 1843, y no se terminaron hasta 1851.

El camino actual entra por el sitio llamado de las Estrechas - Gargantas, sobre una especie de



Primera revuelta en el camino de las Gargantas.

dique de cerca de 5 metros de altura, y al cabo de 29 metros de trayecto, penetra en subterráneo por una de las gargantas, que atraviesa en una longitud de 16 metros. Nada es más modesto y al mismo tiempo más risueño que las cercanías de ese primer subterráneo; parece la entrada de una gruta rodeada de verdura. La bóveda de rocas abierta a la entrada sobre el arroyuelo, cuyo curso sigue el camino, se halla rodeada de arbustos que se enlazan y dejan penetrar una luz suave por entre las ramas de verdura. Poco a poco la corriente del Vernaison (así se llama el arroyo que corre por ese desfiladero) se hace más rápida hasta que se cambia en torrente, y como el camino no puede seguir una pendiente tan inclinada, como la de las cascadas, se queda cada vez más elevado sobre la madre del arroyo.

Al salir del primer subterráneo se llega a una primera plataforma de 16 á 17 metros de larga; después el camino penetra en la montaña por otro subterráneo y desemboca en un puente sesgado construido á 130 metros más allá, para entrar seguidamente en las entra-

ñas de la montaña opuesta, bajo las colosales bóvedas de otra galería.

Hasta aquí, sin embargo, los flancos paralelos de ese hondo valle se encuentran embelecidos todavía por la vegetación; se ven trozos cubiertos de musgo fino y delicado que caen como franjas de esmeralda, formando una alfombra de verdura que recrea los ojos del viajero que pasa de una roca á otra; ocultos manantiales resuenan entre las grietas y se oye el ruido de las gotas que se desprenden á cortos intervalos sobre los peñascos, habiendotambién abundantes arroyuelos que serpentean en la montaña y se derraman por las rocas formando honitas cascadas.

Desde el puente que sirve de comunicación entre los dos subterráneos abiertos frente á frente en los dos lados de la montaña, el camino continúa por una galería abierta sobre la orilla derecha del torrente, cuya pendiente forma grandes despeñaderos. El valle se va ensanchando poco á poco; las rocas cortadas verticalmente, se hallan desnudas y peladas, y el camino serpentea en infinitas revueltas.

Pero aquí es donde más se descubre el poder del hombre; la peña viva ha sido abierta por la ciencia y

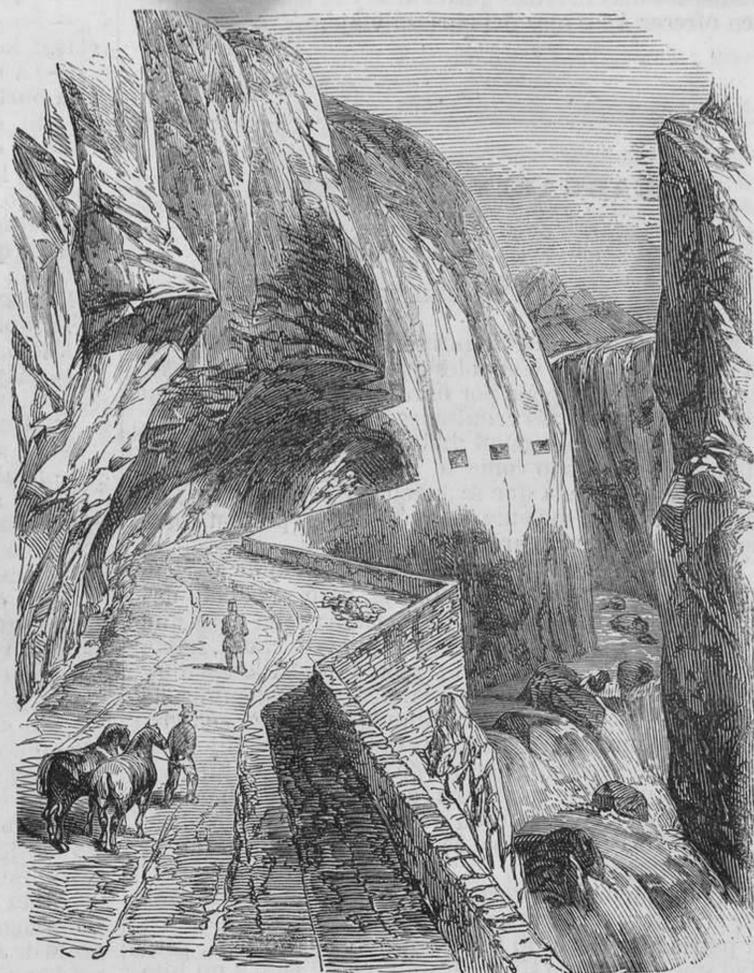
el valor; se ve un canal horizontal de media legua de largo que se extiende por dentro de la montaña, y que de lejos parece una pequeña grieta, aunque sin embargo es una carretera por donde pasan toda clase de carruajes.

Después de un trayecto de 104 metros bajo esas revueltas, el camino atraviesa tres bóvedas sucesivas separadas una de otra, por unos pórticos naturales, que presentan en su conjunto una longitud de 62 metros. Después de esos subterráneos luminosos se encuentra una galería abierta de 125 metros que desemboca en uno de esos inmensos repechos salientes que forman las murallas de esas montañas.

El camino por ese punto, aunque continúa suspendido á unos ochenta metros sobre el torrente, parece abierto en un terreno llano; pero al cabo de cuatrocientos pasos una nueva bóveda le hace pasar otra vez por las entrañas de los peñascos.

Se cuentan cosas increíbles sobre la audacia que hubo que desplegar para llevar á cabo esas obras difi-

ciles. ¿Cómo se podían echar líneas laterales en esas montañas cortadas á pico, sobre los horribles despeñaderos que presentan á cada paso? Se necesitó subir á las cumbres y de allí se arrojaron cuerdas, á las cuales se suspendieron los obreros, sentados en unos palos puestos en cruz, que flotaban en los aires como una araña al cabo de su hilo. Cuando llegaban al punto determinado para el nivel del camino que se iba á construir, plantaban un garfio de hierro en la roca viva, amarraban la maroma que les sostenía al garfio en las rocas perpendiculares, y luego con la paciencia del minero practicaban á pico los agujeros que debían llenarse de pólvora para hacer saltar las rocas. Los atrevidos mineros que comenzaban de ese modo los preparativos para abrir el camino, llegaron á adquirir tanta práctica en esa clase de trabajo, que cuando la obra estaba para finalizarse, ni siquiera se acordaban de mandar subir la cuerda que les sostenía después de haber prendido fuego á la mecha; se contentaban únicamente con dar una patada en la roca, y el impulso que podían tomar por ese medio les alejaba suficientemente del lugar de la explosión para que se hallasen



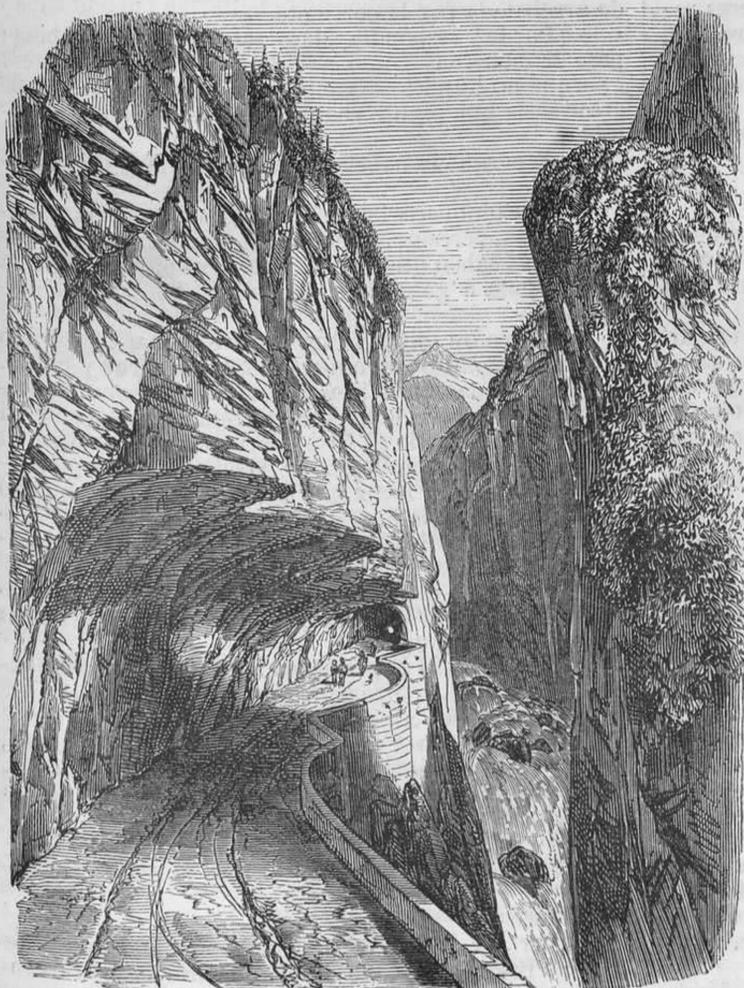
Galerías abiertas que conducen al puente sesgado.

fuera del alcance de la lluvia de cascos que parte de una mina cuando salta.

Sin embargo, se dice que un casco de roca lanzado en el espacio por la explosión de una mina, dió una vez sobre la cuerda de uno de esos temerarios trabajadores, la cortó, y el hombre cayó por entre las grietas de una negra abertura por entre la cual se oía mugir el torrente.

Las mejoras más preciosas se pagan casi siempre con la sangre de nuestros semejantes; la humanidad se inmolta todos los días en algunos de sus miembros sobre el altar del progreso humano.

La sublime concepción de ese camino extraordinario, y las ventajas que de él reportaron los habitantes del Vercors, inspiran sentimientos de grandeza, pero inspiran también ideas de tristeza y de gratitud hacia los infelices jornaleros olvidados que dejaron su vida, ó cuando ménos, una gran parte de sus fuerzas en esas rocas accesibles en el día. Gracias á sus esfuerzos, el camino de las Gargantas del Vercors es uno de los mo-



Galerías abiertas que desembocan en el puente sesgado.



El camino de las Gargantas del Vercors en su parte más estrecha.

numerosos mas notables que el arte y la naturaleza pueden ofrecer á los ojos del curioso viajero.

A. M.

## MARGARITA PUSTERLA

### XIII.

#### RECONOCIMIENTO.

Este mundo que habitamos sería perfecto, si se tuviera en los proyectos laudables que se tratan de realizar, cuya ejecución se pone por obra, toda la actividad con que llevan á cabo los criminales sus antisociales miras.

Pero para ellos, todo el mal que no les ha sido posible hacer, del modo como lo habian premeditado; es una deuda sagrada que se creen en la obligación, de solventar, y que solventarán apenas se les presente ocasión oportuna de pagarla.

Luchino y Ramengo se habian apoderado de Margarita y de los supuestos conjurados, pero se habian dejado escapar á Franciscolo, y esto les bastaba para que creyesen que su plan, incompleto por esta causa, habia fracasado del todo. Estos dos personajes se hallaban muy descontentos. Ramengo especialmente se consumía de cólera. Su enemigo se habia librado de caer en sus manos; su enemigo habia podido evadirse con su hijo, con ese hijo que suscitaba dentro de su pecho tan infernal envidia, porque le recordaba la única alegría inocente que le habia sido permitido gozar en la tierra, y de la cual le habia privado, así se empeñaba en creerlo, su enemigo Pusterla.

«¿Qué importa, se decía á sus solas, que necesite andar errante y fugitivo por el mundo sin poder vivir en su patria? él tiene un hijo. Yo vivo en mi país, pero vivo solo, pero vivo sin tener nunca á mi lado á un hijo cuya belleza se refleje en mí, que me ayude á subir y levantarme muy alto, y que me haga ser envidiado de la manera que yo envidio á otro.»

Embriagado de rabia y rencor, resolvió finalmente consagrarse á revolverlo todo, á buscar por todas partes, á seguir sin descanso las huellas de los fugitivos, hasta tanto que diera con su paradero, apoderándose de ellos vivos ó muertos. Convino pues con Luchino, tan interesado en secundar sus planes de persecución, que para facilitar sus maniobras, Ramengo sería puesto en la lista de los proscritos; de este modo podría inspirar confianza á sus mismos perseguidos. Partió pues con la bolsa bien provista, pero al mismo tiempo vestido como un pobre desterrado, y se echó á recorrer la Italia.

Un día, que llovía á torrentes, andaba errando por ese país que se halla cercano á la desembocadura del Adda, y en medio de aquel pantano no sabia hallar ni acertaba á buscar un refugio, donde guarecerse. Su fortuna hizo que encontrara á un joven molinero que hacia apretar el paso á su burro, á fuerza de palos, como quien se vuelve á su casa.

- ¡Eh! ¡muchacho!
- El joven volvió la cabeza.
- ¡Muchacho! ¡muchacho!
- ¿Qué se le ofrece á Vd.?
- ¿Dónde podría guarecerme?
- ¿Dónde?
- Sí, responde.
- Venga Vd. conmigo.
- ¿Hacia qué lado?
- A mano izquierda, en aquella alameda; á la margen del rio tiene mi padre su molino.

Esto respondió el mozo; pero como el burro tenia mejor voluntad que disposición para andar, Ramengo picó espuela y llegó antes que él á la puerta de la cabaña.

A sus golpes comenzó á ladrar fuertemente un perro, y la dueña de la casa, abandonando un frito, cuyo chisporroteo se oía desde fuera, á pesar de la lluvia, con cuyo ruido se mezclaba y confundía, interrumpió una Ave-Maria que estaba rezando, y fué apresurada á descender el cerrojo, diciendo:

— ¡El es! entra Omobono; entra; debes venir mojado como...

La comparación quedó en suspenso, cuando en lugar del burro vió un caballo, y en lugar de su hijo una persona que no conocía.

No obstante, mas descontenta que sorprendida, convidó al desconocido á que entrara con una rústica urbanidad.

Ramengo fué á colocarse junto al fuego, invitado por el dueño de la casa.

— Sobre todo, dijo contestando á los ofrecimientos que le hacían, sobre todo, deseo que se cuide bien á mi caballo.

— ¡Oh! por ese lado puede su señoría estar tranquilo, dijo el molinero. Ahí cerca tenemos una cuadra para nuestro asno, donde los que remolcan barcos con sus caballos los suelen traer para que descansen algunas veces: el vuestro, señor, estará en compañía de un bridon, que bien se puede decir que vale tanto como el primero.

- ¡Donino! llamó el molinero.
- Aquí estoy, contestaron.
- Donino, ven aquí.
- ¿Qué se ofrece?
- Lleva este otro caballo á la cuadra.
- ¿Otro caballo? dijo Ramengo.
- Sí, señor.

— ¿Y de quién es ese caballo? ¿es vuestro?

— Su señoría se chancea. ¡Nuestro un animal de esa clase! No, pertenece á un señor amigo nuestro.

— ¿A un señor amigo vuestro? repitió Ramengo con risa burlona.

— Sí, señor, amigo nuestro.

— ¿Y cómo se llama?

— Se llama... de fijo lo conoce su señoría; se llama Alpinolo.

Y pronunciaba este nombre con tanto gusto como un médico que nombra en griego la enfermedad que combate.

Ramengo levantó la cabeza al oír el nombre de Alpinolo, aplicó el oído como un caballo al oír chasquear el látigo, y exclamó:

— ¿Alpinolo? ¿qué venia de Milan?

— Sí, señor, le contestaron interrumpiéndolo.

— ¿Un hermoso joven?

— Sí, sí, eso es.

— ¿Cabellos negros, ojos de fuego?

— Sí, señor, sí, señor, dijo el molinero volviendo á interrumpir aquellas señas de pasaporte. No hay dos Alpinolo en este mundo, como no hay dos Torres en Cremona. Sí, señor, él mismo, él mismo en persona.

— ¿Y cómo ha venido por aquí? por estos rincones no deben venir mas que pasajeros extraviados. ¿Y lo llamais vuestro amigo?

— Sí, ciertamente.

— ¿Dónde lo habeis conocido?

— Es cuento largo, respondió el molinero con un rostro en donde se retrataba el orgullo mas excusable.

— Veamos, dijo Ramengo.

— Yo soy su padre, dijo aquel hombre, viendo que el caballero lo escuchaba atentamente; ó por lo menos á mí me debe la vida.

— ¿De qué manera?

— Diez y ocho años hace, salvo error, que en una hermosa mañana, al rayar el día, según costumbre constante de nosotros los molineros, me levanté para llevar mi barca al agua, cuando allá abajo, en un recodo que hace el rio, veo parar una barca diferente de las nuestras, sin que nadie la condujera. ¡Alguna desgracia! imaginé; los bateleros se habrán ahogado; pero corramos á traerla á la orilla, me dije, por si el patron de ella viene á reclamarla; sino, será leña para quemar este invierno. Pero adivinelo su señoría...

— ¿Qué?

— Dentro habia una mujer y un niño.

A estas palabras el bostezo que erraba en los labios de Ramengo se convirtió en una exclamación, y sintiendo que se apoderaba de una turbación profunda, se puso inmediatamente en pié. Su atención habia cambiado de naturaleza; fijó los ojos en el viejo que continuó:

— Una mujer y un niño; sí, señor, pero una dama bien vestida, ¿no es verdad, Nena? (El lector ha conocido indudablemente que el anciano y la mujer eran Maso y aquella Nena que habian entregado á Alpinolo á Ottovino Visconti.) Debía ser mujer de condicion; joven, bella como pocas; el niño tendria un mes; pero los dos estaban enteramente mojados y muertos.

— ¡Muertos! gritó Ramengo.

— Muertos, sí, señor. ¡Buena pesca he hecho hoy! me dije. Los saqué á la orilla, y pedí socorro. Los transportamos de la barca á casa, y mi mujer que es un poco medicina, se empeñó en hacerlos volver; pero ellos permanecían pálidos, frios, sin pulso y sin aliento.

— ¿Qué quieres? le decíamos nosotros, ¿quieres renovar la resurrección de Lázaro? le dijimos. Pero ella, esa buena mujer, persuadida de que aun estaban vivos, hizo tantos esfuerzos, que al cabo se vió que todavía respiraban.

— ¡Vivian! dijo Ramengo interrumpiéndolo con viva inquietud.

— Sí, señor.

— Seguid.

— Vivian, señor; pero si aquel no era un milagro, no creo ya en los de los santos de Padua. El niño, apenas vuelto en sí, se echó en el seno de mi mujer, y en poco tiempo cobró fuerzas y vigor.

— ¡Si lo hubierais visto, señor! dijo la Nena; era un niño que parecia una pintura: blanco como la cera, ojos hermosos, derecho como un huso; no tenia mas defecto que el de un dedo de menos en la mano izquierda.

— Y se veía que se lo habian cortado muy poco tiempo hacia. Pero para continuar, señor... solo que estas historias deben fastidiar á su señoría.

— No, no, continuad, pero daos prisa. ¿En qué paró todo eso? decía Ramengo.

Si el cuarto no hubiera estado tan oscuro, lo hubieran visto palidecer y encenderse sucesivamente; hubieran percibido la contracción de sus labios y de sus cejas, y las convulsiones que agitaban violentamente su cuerpo. Entretanto, Maso, con esa mezcla de bondad y de rusticidad que caracterizan á las costumbres campesinas, y justamente con la generosidad de esos sentimientos desnudos de toda ostentación y aparato, que parecen tanto mas perfectos cuanto mas grados se baja en la escala social, Maso proseguía pacíficamente:

— De suerte que... ¿Pero dónde hemos quedado? ¡Ah! sí, me acuerdo ahora; de suerte que el niño adquirió una salud perfecta; pero con la madre fué otro cantar. Tambien volvió á la vida: cuando abría los ojos miraba al rededor suyo y llamaba... cierto nombre... un nombre muy raro... Nena, ¿puedes tú volver á recordar aquel nombre?

— Ella decía: ¿Ramengo, Ramengo mio, en dónde estás?

— Llamaba á Ramengo, exclamó el desconocido con voz de trueno.

— Seguramente, continuaba el pescador; propiamente Ramengo: ese nombre no me ha salido jamás de la cabeza. No sabia decir otra cosa; y aun cuando deliraba, no sabia hacer mas que repetir ese nombre, y...

— ¿Y qué otro? preguntó el traidor.

— Ella decía tambien...

— ¿Qué decía?

— Ella decía tambien: ¡Pobre hijo! y otras muchas veces: Querido, ¿porqué no vienes? ¡te he esperado tanto! Pero tú tienes miedo, ¿no es verdad? El es brutal, pero bueno; y otras cosas sin sentido, porque habia perdido la razon. Nunca se logró curarla. Lo que mi Nena hizo por ella es indecible.

— Bien, repuso la mujer con sencilla complacencia; he cumplido con mi deber. Nosotros hemos nacido para amarnos los unos á los otros. ¿No es verdad, señor extranjero? ¿Y quién no hubiera socorrido á aquella pobre criatura? Viéndola se conocía que habia librado recientemente; hermosa, que debía haber sido un ángel; pero abatida, extenuada, os miraba con dos ojos capaces de hacer llorar á un tigre.

Ramengo se apartó del fuego respirando con fuerza, y comenzó á recorrer la habitación á largos pasos.

— ¿Tendrá demasiado calor? preguntaba Maso: sin embargo sus vestidos humean todavia por la espalda.

— Sí, sí, gritó este con tono colérico: pero acabe Vd. ese cuento antes que le salga á Vd. un cáncer en la lengua. No sé que tienen que ver esas sandeces con lo que he preguntado á Vd.

— ¿Qué tienen que ver? ¿Sandeces? repetía el molinero, un poco admirado de la agitación de su huésped. Ahora va Vd. á comprenderlo. La dama fué de mal en peor. Cuanto calor, cuanto hambre, cuanto agua, Dios solo sabe cuanto sufrió en aquella barca. Por fin, murió.

— Y cuando espiró, dijo la Nena enjugándose los ojos con su delantal, ¡si la hubierais visto! me apretaba las manos con toda su fuerza. Comprendía lo que queria decirme: Guardad á mi hijo, y...

— ¿Y qué es lo que habeis hecho?

— ¿Qué quereis que haya hecho? Lo alimenté con mi leche, se hizo un muchachon, bueno como el pan, pero vive como un pez y atrevido como un ciervo: nos ayudó en nuestro oficio, hasta que un señor del nombre de los que reinan en Milan se lo llevó consigo, y él es hoy el señor Alpinolo.

— ¿Pero no os ha dicho nadie quienes eran ellos? ¿no habeis podido saberlo? preguntó Ramengo con recelosa curiosidad.

— Nunca, respondió la Nena.

— Nunca, respondió Maso.

— ¡Cuánto no hubiera dado yo, repuso la molinera, por saberlo! ¡una dama tan hermosa y un niño tan inocente! ¡qué dolor para sus padres el de haberlos perdido! Y si al cabo hubiera podido presentarme á ellos y decirles: Yo sé lo que ha sucedido; su alegría me hubiera hecho la mujer mas feliz del universo.

— ¿Te parece poco el poder contar esta historia? replicó Maso. ¡Buen Dios! debía venir de muy lejos. Conozco todas las barcas de esta generacion que bogan por el Pó, en toda su longitud, y aquella no se les parecia nada.

La mujer continuaba: La historia será que un día la habré sacado á pasear su marido; él habré caído en el agua, el rio venia crecido y la desgraciada habré sido arrebatada por la corriente.

— ¡Puede! respondía Maso sacudiendo la cabeza; pero te acuerdas como gritaba: ¿Porqué lo hieres? ¿porqué no hundes ese cuchillo en mi corazón? Mas de creer seria que algun enemigo la redujo á tal extremidad.

— ¿Y porqué la habrian dejado con vida? dijo Omobono.

— ¡Qué tonto eres! para atormentarla mas. Hay muchos malos, ¡créeme, créeme á mí que conozco el mundo, y ellos saben que morir es poca cosa; pero beber la muerte gota á gota, como le ha sucedido á esa desdichada!...

— ¡Oh padre mio! el que tuvo valor para hacer eso no era un hombre, sino un demonio en carne y hueso.

El lector imagina fácilmente cuan terribles eran aquellas palabras para Ramengo. Al remordimiento de su conciencia le oponía el feroz placer de la venganza. El lo saboreaba con tanto mayor deleite cuanto comprendía mejor todo lo atroz que habia sido, y veía que no era todavía completa. Sin saberlo habia preparado contra el fruto del crimen de Rosalia nuevas tramas destinadas á perderlo, y lo que mas le lisonjaba, destinadas á perder al mismo tiempo al padre de aquel hijo adúltero. De un golpe pues iba á derribar todo lo que execraba en el mundo.

Después de una breve pausa, que los molineros juzgaron hija de la compasión, Ramengo preguntó:

— ¿Dónde está Alpinolo?

— ¿Quién lo sabe? respondió Maso; poco tiempo hace, cuatro ó cinco semanas, la noche estaba muy entrada, y nosotros acostados. Vimos un trote de caballo que se acercaba. Se para. ¿Quién está ahí?

— Yo, padre.

— Siempre lo ha llamado así, dijo la mujer del molinero.

— Abreme.

Yo corrí, la Nena corrió, Omobono y Donino corrieron. Su llegada nos causó mucha alegría. Pasó la noche con grande agitación: quiso hacernos acostar, pero permanecimos al lado suyo sentados en los sacos de

harina. Absorto en sus pensamientos solía gritar: « ¡Infame! ¡Maldito! ¡Y aquella desdichada! ¡Y yo que la escuché!... »

Al llegar el día pareció que se calmaba. El pobre joven nos pidió perdones por la tristeza que nos había causado. Nos dijo que en Milan habían acontecido grandes desgracias, que sus mayores amigos habían sido encarcelados. Él debía partir al punto. Nos dejó su caballo y su dinero, diciéndonos que si pasaba una semana sin volver, era buena señal, y que tomaría en tal caso otra dirección, por lo cual el caballo y el dinero se quedarían para nosotros. Además nos dejó un anillo de diamantes y una bolsita que contiene dos cartas. Se marchó llorando, y nos recomendó estos objetos como lo más precioso que tenía su corazón. Esta es toda la herencia de su madre.

— Dame esas cartas, exclamó Ramengo con voz atronadora. Sus ojos chispeaban. ¡Dos cartas de Rosalía! ¿Dónde están? Yo las quiero, las quiero ver. ¡Dádmelas!

Los dos ancianos deliberaban si debían acceder á los deseos de aquel frenético, y en medio de la indecisión, la Nena había sacado las dos cartas del cofre, que por fin le presentó diciéndole con mirada de desconfianza: « Pero dame palabra de devolvérmelas. »

Antes de responder le había arrancado Ramengo los papeles de la mano, y apretado el anillo con temblor febril. Aquel anillo era el anillo nupcial de Rosalía. Hizo un movimiento para llevarlo á sus labios, pero transportado por la cólera lo tiró.

Mientras lo recogía la Nena, se puso á leer los dos pergaminos.

« Puesto que el destino de nuestra patria está decidido, te abandono y parto para pelear contra los infieles. Mi solo dolor es alejarme de tí, de tí, á quien amo tanto. Cinco días me quedan todavía ántes de mi partida; si puedes burlar la vigilancia de tu marido, haz que pueda verte y abrazarte. El criado que lleva esta carta volverá mañana por la respuesta. Sean los que quieran los riesgos que deba correr, me expondré á ellos con placer si puedo decirte cuanto te quiere tu hermano. »

Ramengo quería aun las pruebas del crimen y no hablaba sino las de la inocencia de Rosalía. Quizá el otro billete le ofrecería las que buscaba, pero escrito de la misma letra contenía lo siguiente:

« Todos estos días he esperado el criado con la respuesta, nada ha venido. »

« ¿Qué quiere decir esto? Me voy pues sin verte, querida hermana mía; pero adonde quiera que me encuentre, cualquiera que sea la suerte que me espere, te llevaré siempre en mi corazón, y rogaré al cielo que te conceda la dicha que no debo yo conocer. Adios. »

— ¡Era pues inocente! gritó Ramengo con voz que estremeció á aquel pobre matrimonio. Recorria la cocina con pasos precipitados, blasfemando, dando gritos inarticulados: luego de una patada derribó la puerta de la cabaña y salió.

La noche estaba oscura como sus pensamientos, la lluvia caía á torrentes, acompañada de truenos y relámpagos. Pero él no veía ni oía la noche ni lluvia, ni el viento, ni los ruidos celestiales. Donino que lo seguía, aunque á cierta distancia, lo vio atravesar á grandes pasos el campo; pronto lo perdió de vista, y volviendo á la cabaña contaba estupefacta la locura y la agitación del extranjero diciendo: « La cabeza debe tener muy torcida. »

Con un demonio en el corazón continuaba Ramengo su errante carrera. Haber asesinado á una mujer inocente, y de aquella manera, justificaría suficientemente el trastorno que sufría su alma criminal. Pero en la de Ramengo no eran los remordimientos los que la agitaban, sino el fuego de la cólera, porque aquel corazón depravado, no resolviéndose á reconocer su culpa, buscaba en sus propias faltas motivo para nuevos odios. Vaso corrompido donde el mismo rocío se corrompe; serpiente que transforma la miel en ponzoña. Sin embargo, había amado á aquella mujer; ella le había hecho conocer los deleites del amor. ¡Y la había asesinado! ¡El se había privado de la única felicidad pura que había tenido en la vida! Si hubiera vivido, ¡qué diferente hubiera sido mi existencia en el seno de la paz doméstica! ¡Yo hubiera sido padre de hijos adorados! ¡Padre, oh, padre! Si hubiera vivido, ¡qué me hubiera importado el orgullo de Margarita? ¿Qué podría envidiar á Pusterla? Y todas aquellas desgracias, ¿quién les ha causado sino Pusterla? Él ha emponzoñado la copa de mis días. ¡Oh! pero si tú me has arrebatado los deleites del amor, al menos vas á procurarme el placer de la venganza. ¡Oh, Rosalía, Rosalía, te juro que te vengaré!

De esta suerte lo excitaba un crimen á otros crímenes. Semejante á aquel que, turbado á la vista de un incendio, fomenta las llamas echándole nuevo alimento, con intención de apagarlas.

Callóse, y prosiguió su marcha á través de los pantanos cubriéndose de lodo y saltando fosos. Luego abría la mano y contemplaba los fragmentos de las dos cartas que había destrozado y que guardaba. « ¡Ay! decía, ¡cuántas veces las habrá besado ella, y las habrá mojado con sus lágrimas! Apretándolas contra su corazón habrá muerto, con el nombre de su hermano en los labios. »

Entretanto habrá lanzado imprecaciones contra su asesino... contra él, y no contra quien lo impulsó á cometer este crimen. Con su leche habrá infiltrado á su hijo el odio contra su padre... Pero no, ¡oh, no! u edad

era muy tierna; él ignora quien es su padre y arde por saberlo, por poder aparecer en la sociedad con un nombre y obtener la dignidad de caballero que le fué rehusada solo por la incertidumbre de su nacimiento. Ciertamente busca á su padre, y no sabe que espiaba sus pasos para conducirle á su ruina. Pero lo hallaré y me descubriré á él. ¡Qué alegría la suya la de hallar un padre! ¡Cómo me querrá! y yo lo amaré; mi ternura recompensará el atentado contra aquella infeliz; me presentaré en sociedad teniendo á mi lado á un hijo que será mi orgullo y mi consuelo en la vejez. ¡Pero yo! no: tal vez no logre esto; tal vez perezca con Pusterla, en cuya causa está envuelto. ¡Infierno! ¡es decir que ese Pusterla se ha de atrevesar siempre en mi camino, que él ha de estorbar mis delicias despues de haber sido motor de todos mis tormentos; maldito sea!

Y seguía pronunciando imprecaciones; luego se paraba á contemplar la noche y el ruido de la lluvia, única voz de la silenciosa campiña. Esta campiña y esta noche le traían á la memoria aquella otra campiña y aquella otra noche en que había recibido de Margarita una afrenta que solo podía lavar la sangre. El furor se encendía de nuevo con aquel recuerdo, y levantaba en su alma proyectos de venganza.

Cuando amaneció, como la lluvia había borrado hasta el menor rastro de los senderos de aquel arenal, se dirigió á la cabaña de los molineros guiado por el ruido del río, y llegó por fin á su orilla. Acercóse como un hombre que va á escuchar su sentencia de muerte. Entró, y á la Nena, acurrucada junto al fuego, preguntó:

— ¿Ha vuelto?

— ¿Quién? contestó la mujer.

— El, él, Alpinolo.

— ¡Alpinolo! ¿sí ha vuelto?

— Sí, sí.

— ¡Oh! señor, no.... tengo miedo.... No lo permita Dios; pero ha debido ocurrirle algún accidente. Una alma lo murmura á mi oído. ¡Pobre joven!

Y hablando así, echaba una mirada de desconfianza sobre aquel desconocido, viendo en que furor lo había visto en la noche precedente. Mandó ensillar su caballo, y partió diciéndoles que si llegaba Alpinolo, lo detuvieran á toda costa hasta su vuelta, porque le iba la vida en hablarle.

Erró al día siguiente y otros sucesivos á la aventura, según su capricho, la ocasión, la voluntad de su caballo, alguna idea ó alguna superstición: se paraba en un sitio sin saber porqué caminaba, retrocedía, y por último regresaba siempre á casa del molinero. Su venida turbaba la vida tranquila de aquellas buenas gentes que, acordándose siempre de sus arrebatos, hubieran visto con menor sentimiento el desbordamiento del río. « Si fuera la fiebre, decía la Nena, me libertaría de ella con una misa á san Sigismundo. » Y otras veces: « Hasta el mismo Júdas halló refugio en domingo en casa del diablo; pero á ese no le detiene ninguna fiesta. »

Así, con la cabeza llena de preocupaciones, con el mejor corazón del mundo no sabía porqué, pero es lo cierto que no podía soportar con calma la presencia de aquel hombre. « Ni nuestro perro tampoco, añadía ella; jamás se ha acostumbrado á verlo sin ladrar y sin querer destrozarlo. »

Ramengo volvía y volvía siempre, exacto como un acreedor. Su primera pregunta era si Alpinolo había parecido.

La respuesta era constantemente la siguiente:

— ¡No!

## XIV.

## PISA.

Persuadido de que Alpinolo no volvería mas á aquella cabaña, Ramengo andaba y andaba siempre procurando encontrar las huellas del joven paje. El deseo de dar con su hijo le había hecho renunciar á seguir la pista que había buscado hasta entonces con la tenacidad del odio. En una de sus aventuras excursiones, costeano un día el Po, oyó salir de un matorral como la voz de un hombre que llama. Se acerca: un batelero le pregunta humildemente:

— ¿El caballero quiere pasar?

— ¿Porqué esa pregunta?

— Conozco por el paño de vuestro traje que vuestra señoría es de Milan. En estas semanas he pasado á muchos milaneses.

Estas palabras dieron impulso á la voluntad indecisa de Ramengo, que respondió afirmativamente mas bien á sus propios pensamientos que á la pregunta del batelero.

Entróse el caballo en la barca, y mientras que el remero se esforzaba en cortar oblicuamente el hilo del agua, Ramengo lo interrogó acerca de los pasajeros y de sus trajes, sus discursos y la dirección que tomaban. Preguntóle además si no había visto á un hermoso joven, y le hizo al mismo tiempo el retrato de Alpinolo.

— ¡Eh, eh! respondía el batelero: si hubiera uno de tenerlos á todos en la memoria! Pero... sí... ese que me pintáis... creo que lo he visto, sí; un hombre entre los treinta y los treinta y cinco años, ¿no es verdad?

— No, no, mucho menos, ni siquiera veinte; cabellos negros.

— Precisamente; ahora me acuerdo: ojos pardos, pequeño, rechoncho...

— Al contrario: ojos negros...

— ¿Ojos negros?

— Ojos negros; mas alto que yo, bien formado; imposible es verlo una sola vez y olvidarlo.

— ¡Ah! ¡hay tantos asnos que se parecen como un huevo á otro huevo!

Ramengo llegó á la orilla opuesta, pagó con miseria al batelero, y partió sin dirección fija. Erró de sitio en sitio, preguntaba á todo el mundo que veía; en todas partes le respondían que habían visto con efecto á muchos milaneses, pero que no se sabía quienes eran ni á donde se encaminaban. Por voz general se sabía que salían de su patria á causa de la tiranía de Luchino.

El vió á otros tiranos que reinaban en las diversas ciudades de la Romaña; en Rumi los Malafesta; en Forli los Ordellaffi; en Faenza Francesco di Manfredi; los Palenta en Ravena. Roma lloraba su horfandad desde que los papas, retirándose á Avignon, la habían abandonado á la tiranía de sus barones, contra los cuales debía levantarse pocos años despues la generosa pero impotente voz de Cola de Rienri. Bolonia recibía la vida y el esplendor de los quince mil italianos y alemanes que estudiaban en su universidad, orgullosa con su título de docta, que ha conservado hasta nuestros días, como ha conservado en sus escudos de armas la palabra LIBERTAD, aunque sufriera ya desde aquella época el yugo de los papas.

Ramengo atravesó el Apenino y entró en la hermosa Toscana. En aquel país la libertad estaba en tanto mas favor y tan honrada cuanto que se habían observado los excesos cometidos por los pequeños señores de la Romaña y de la Lombardia. Todas las municipalidades defendían valerosamente sus franquicias y rechazaban con horror el gobierno de uno solo. ¿Pero cómo esperar que una virgen se conserve pura en medio de cortesanas? Los vecinos depravados de aquellas repúblicas, si no se atrevían á atentar abiertamente contra la libertad de la Toscana, preparaban sus cadenas corrompiéndola y fomentando la discordia. Bajo aquella perniciosa y degradante influencia, las enemistades de municipalidad á municipalidad se agriaban cada vez mas; los nombres de Güelfos y de Gibelinos, que en los otros países habían perdido casi toda su significación, conservaban allí una vitalidad tenaz: Pisa y Avezzo eran gibelinas; Pistoia, Prato, Volterra, Samminiato, Siena, Perusa, y principalmente Florencia eran güelfas. En lugar de dejar que maduraran en los corazones los sentimientos de una nacionalidad única, que pudiera dar óptimos frutos en lo venidero, se combatían y rechazaban unos á otros los divididos pueblos. No había mas patria para cada uno que el rincón donde se había nacido. A los que no pisaban la misma tierra se les llamaba extranjeros y enemigos, y cuanto mas inmediatos estaban otro tanto mas fuerte era la animosidad que se tenía contra ellos; y en medio de sus querellas invocaban siempre á las armas á la mepiación mas funesta todavía de sus verdaderos enemigos.

Sin embargo, en medio de aquellas luchas, había una actitud muy grande. Todos probaban su valor y sabían lo que les era posible hacer de acuerdo con sus conciudadanos. El comercio, la agricultura, las artes se hallaban en su mas completo desarrollo; la pintura, la escultura, la arquitectura ofrecían modelos que nuestro difícil siglo no ha cesado de admirar: y la lengua formada por Dante Alighieri, muerto veinte años ántes, perfeccionada por Petrarca y por Boccaccio, todavía jóvenes, adquiría esa supremacía sobre los otros dialectos de la Italia, que nada podrá ya arrebatárle.

Lo mismo que en Grecia, con la que tiene tanta semejanza la península italiana, se olvidaban los mutuos rencores para reunirse en los juegos olímpicos. Así el genio alegre de los toscanos los reunía en fiestas espléndidas, á que las diferentes ciudades acudían para gozar de las solemnidades consagradas á sus patrones, con la celebración de antiguos hechos memorables ó de hazañas modernas. Pisa había alcanzado justamente en aquella época victorias contra los moros que, lanzándose de las costas de Africa, infestaban el Mediterráneo y la Italia. Para celebrar aquel triunfo y la toma de algunas galeras, el carnaval debía concluir con la fiesta del Puente. Ramengo no oía hablar de otra cosa en Toscana. Todos los que podían se preparaban á asistir á ella; los que no, se morían de envidia.

— ¿Porqué no iré yo también? se preguntaba á sí mismo Ramengo. Entre tal concurso podría muy bien hallar al que busco.

Dirigióse pues á Pisa, que estaba entonces en la flor de su belleza. Su puerto era tan frecuentado, guardaba toda proporción, como lo son hoy los puertos de Amsterdam y Londres. Uniendo al espíritu de especulación el amor de las bellas artes, innato en Italia, sacaban de las regiones del Asia, que se había barbarizado, mármoles, columnas, esculturas que embellecían á la patria.

Hoy es Pisa bien diferente de lo que ha sido. Un pueblo cercano al mar, entonces apenas notado, le ha arrebatado el resto de comercio que han dejado á la Toscana los cambios de las relaciones europeas. Sus 150,000 habitantes se han reducido por lo menos seis séptimos. Su catedral de mármol, la admirable loggia de los mercaderes, los otros monumentos de su antigua majestad, forman un melancólico contraste con la yerba que crece en las calles solitarias, con el triste silencio de los callados falleres, con el vacío desolador de su *lungarno*, y la torre maravillosa parece que se inclina con compasión para llorar todas aquellas grandezas desvanecidas.

(Se continuará.)

### Niza. — La Cartuja de Val-Pesio.

Niza es un rincón de tierra privilegiado, abrigado por los Alpes marítimos, y suavemente bañado por las olas pacíficas y moribundas de una mar siempre azulada. Allí se disfruta constantemente de un hermoso cielo y de una brisa tibia, y allí florecen todas las vegetaciones desde el sombrío abeto de las latitudes septentrionales hasta las cácteas de las regiones africanas.

En Niza no hay invierno; la poética ficción de la eterna primavera de la isla de Calipso es una realidad en Niza, que por este motivo se ha vuelto como un hospital general de los enfermos pudientes de todas las naciones europeas. Los ingleses principalmente, esa tribu tan sujeta á los males vagos y sin nombre que se curan bajo un hermoso cielo, gustan extremadamente de la bonita ciudad piamontesa, donde viven reunidos en un barrio que es el arrabal de la *Cruz de Mármol*. Hace más de cien años que han elegido allí su domicilio, y en efecto, desde los rostros de los transeúntes hasta las muestras de las tiendas, todo tiene allí un carácter británico. Poseen su capilla, sus médicos y sus boticas especiales, y á los ingleses debe ese barrio su hermosura, su limpieza y el desarrollo que ha tomado, cuando antes se reducía á una sola calle. La mayor parte de las casas que ocupan tienen jardines que se prolongan hasta la mar, y á ellos se debe también el bonito camino de la playa, uno de los mejores paseos de la ciudad en las noches de estío; la colonia inglesa le mandó abrir á su costa en los inviernos de 1822 á 1824 para dar pan á los jornaleros sin trabajo; eso es lo que se llama saber agradecer noblemente la hospitalidad.

No lejos de allí se extiende el hermoso barrio del *Puente-Nuevo* sobre una línea de muelles monumental, en la que se encuentran magníficos edificios. Los tres arcos de ese bonito puente están edificadas sobre la madre del Paglion, que se seca con frecuencia, aunque sin embargo es un río impetuoso que en las estaciones de otoño y primavera, lleva el tributo de las nieves desheladas á las claras olas de la inmensa sábana azulada; un poco más allá se encuentra el *Puente-Viejo*, en cuyas cercanías se eleva, en medio de un barrio tumultuoso, un edificio sombrío que fué en otro tiempo colegio de jesuitas; del otro lado una hermosa arboleda de plátanos conduce por un camino sembrado de bonitas casas de recreo, á la más nueva y la más hermosa iglesia de Niza, que cuenta un crecido número de monumentos religiosos. Hay sobre todo dos conventos en los alrededores de la ciudad que ocupan sitios muy pintorescos, y á donde van á pasearse tanto los habitantes de la ciudad como los forasteros.

Pero la parte más curiosa de la ciudad, á pesar de su irregularidad é incorrección, es seguramente lo que llaman la *ciudad vieja*, que se halla entre el promontorio pedregoso que domina todo el anfiteatro de Niza y las orillas del Paglion. Es un conjunto de calles y callejuelas intrincadas, cuyas construcciones italianas todas datan de la época gótica más pura. Allí en toda estación y á la mitad del día



Coni.

está muy oscuro, y las casas se hallan tan juntas unas de otras, que apenas pueden pasar dos personas sin tropezarse. Si por casualidad un arriero, con ánimo de abreviar su camino, mete su mula por en medio de aquel laberinto, los transeúntes pueden buscar á toda prisa una puerta para guarecerse. Y sin embargo en ese barrio sombrío se nota un movimiento extraordinario desde por la noche hasta por la mañana, pues en él se

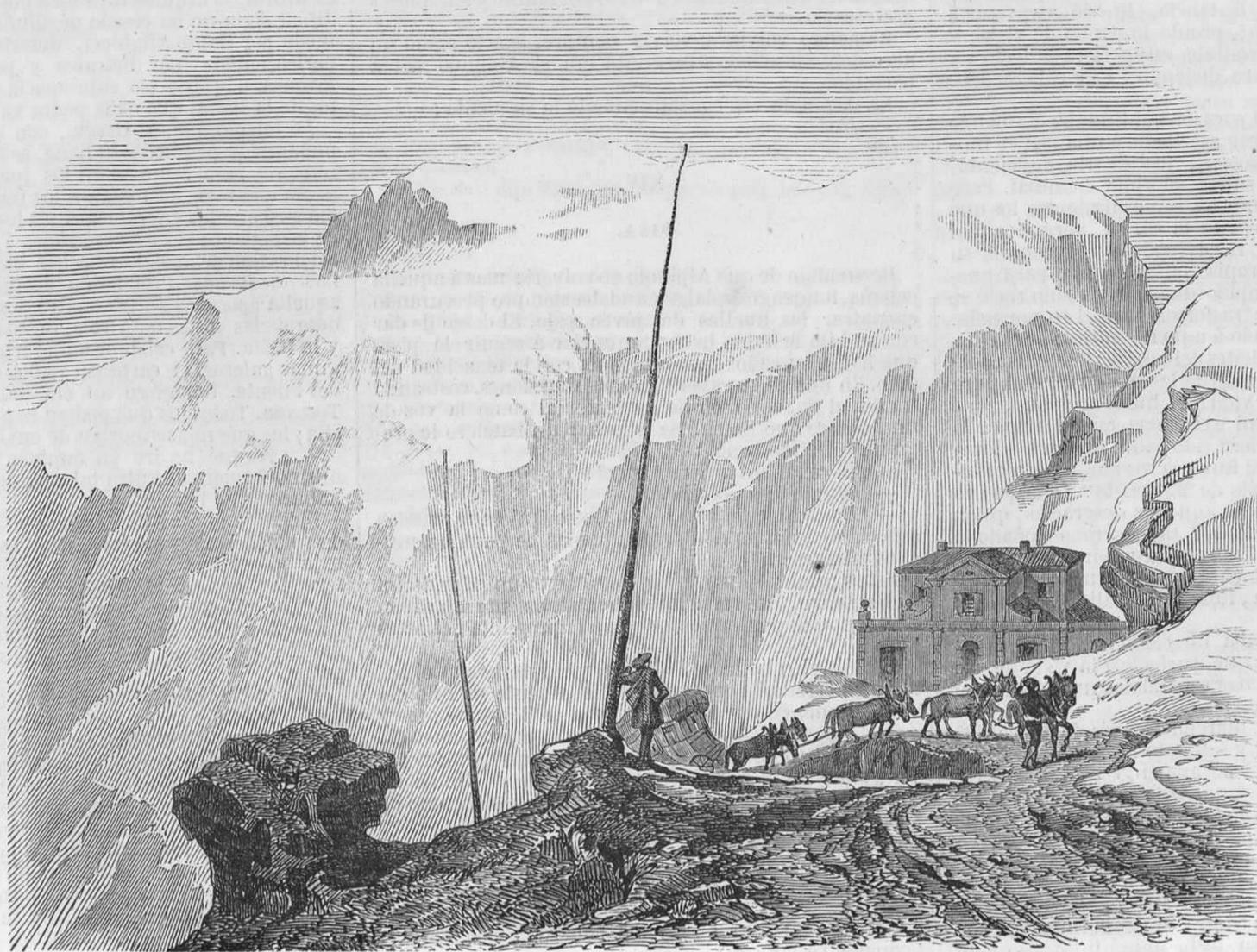
se descubre la mar como un espejo inmenso, terso y deslumbrante.

Si el viajero desea por el contrario conocer el lujo, las buenas habitaciones y las elegantes tiendas de la ciudad de Niza, tiene que marchar lejos de allí, junto al punto de la unión de los dos caminos de Turin y de Génova, y en las cercanías de la Bolsa, reedificada nuevamente con un estilo noble. El peristilo de ese barrio

aristocrático es la plaza *Vittore*, la mayor y más monumental que existe en Niza. Por ese lado, Niza se halla encerrada entre baluartes y en el sitio donde se cruzan con la calle de San Francisco de Paula, continuación del Corso, de que hablaremos ahora, se halla situada la plazuela Carlo-Alberto, estación de los coches, colocados en torno de un obelisco imperceptible dedicado á la memoria del rey Carlos-Félix, por los israelitas de Niza.

El comercio de Niza ha erigido también al mismo rey Carlos-Félix una estatua de mármol de Carrara, que se encuentra á la entrada del puerto. La ciudad no es muy rica en obras artísticas: solo podemos citar como edificio verdaderamente notable, la catedral Santa Reparata.

Por la clase de extranjeros que



Cúspide de la garganta de Tenda.

la frecuentan, Niza se coloca naturalmente en el número de las ciudades famosas por sus establecimientos de baños ó de recreo, pero se distingue, sin embargo, de todas sus rivales, porque carece de aguas termales como aquellas. En efecto, en Niza no se encuentra la mas pequeña fuente de agua ferruginosa, el mas pequeño manantial gaseoso ó alcalino; solo aire y sol puede ofrecer á sus numerosos visitantes, pero esto le basta, para su prosperidad y su gloria. A otros puntos la gente acude á beber agua; á Niza se va para respirar, para calentarse, para tomar baños de aire. Las diversiones no son estrepitosas, son como convienen á gentes cansadas, enfermas, y cuya primera y única necesidad es la de restablecer sus fuerzas. El paseo, el primero de los placeres insípidos, como decia un filósofo, es á un tiempo el remedio mas activo y el principal recreo de esos infortunados llenos de dinero.

El paseo mejor de Niza es el *Corso*, que, á pesar de ese pomposo título, no debe confundirse con el de Milan ó el de Roma, pues consiste únicamente en una calle de hermosos olmos en tres hileras, donde se halla todo lo que Niza puede ofrecer á la mitad del día, la frescura, la sombra y las saludables brisas de la mar. La vista no se recrea con una larga perspectiva de orgullosos y magníficos palacios; solo se ven algunos cafés bastante pobres.

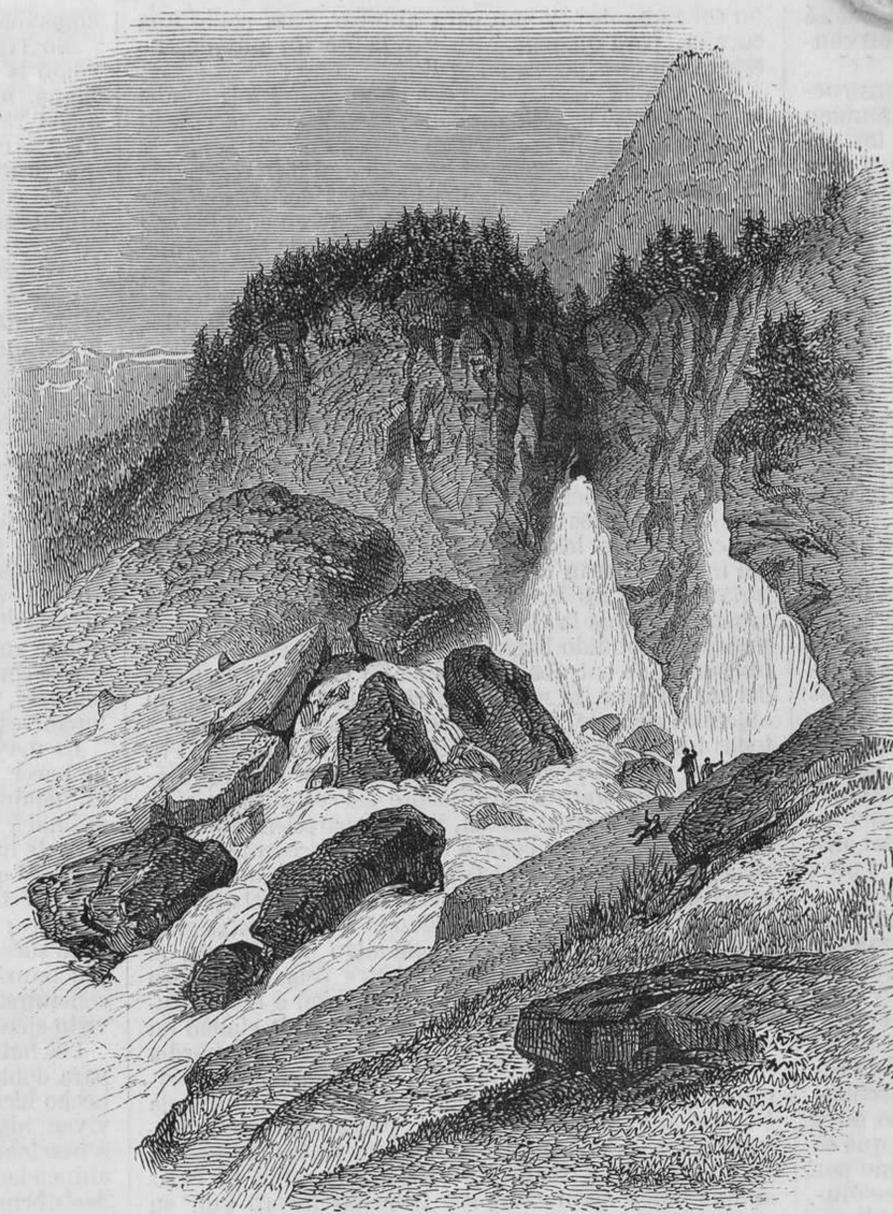
En la mitad del *Corso* hay una doble bajada de mármol por donde se va á la *terrazza*, que es un nuevo paseo de ochocientos pasos de largo, sobre mil de ancho, considerado, y con razon, como una de las maravillas de Niza. Así como lo indica su nombre, no es otra cosa que el techo, ó la serie de techos de una larga calle contigua, y si pudiera quedar alguna duda sobre este punto, las puntas de las chimeneas que atraviesan por todas partes la desvanecerian.

En resumen, lo mas característico de Niza y lo que presta á esta ciudad semi-italiana, semi-francesa, un encanto indefinible, es justamente esa ausencia de diversiones extrepitosas que hay en los establecimientos de baños afamados, como Baden, Spa, etc. En Niza se vive tranquilamente, y los enfermos recobran su salud en el sosiego.

No es esto decir que deje de haber en Niza placeres y fiestas; Dios nos guarde de calumniar hasta tal punto á esa ciudad tan hermosa como hospitalaria. Lo que únicamente queremos sentar es que todo allí, tanto la alegría como las costumbres, tiene como el clima y el excelente carácter de los habitantes, una tinta moderada, templada, en una palabra una *mezza tinta* agradable sin exceso, y monotonamente sin cansancio.

Ha muerto últimamente el doctor Priessnitz, muy célebre por sus curaciones hidroterápicas, el personaje mas conocido en Niza, he aquí con motivo.

Cuando el invierno tan templado en Niza es reemplazado por una estacion quizás mas admirable todavía, en que los ardores del sol meridional se neutralizan con las frescas brisas de la mar, la mayor parte de los extranjeros abandonan con mucho dolor esta ciudad encantadora, y arrojando una última mirada sobre las



Manantial del Pesio.

olas azuladas y tranquilas del hermoso golfo de Niza, se llevan la esperanza de visitarlas nuevamente para disfrutar de los beneficios de un clima privilegiado y bendecido por la Providencia.

Repetidas veces estos viajeros andan muchas leguas en busca de la sombra y la frescura, lo que constituye un gasto y un trabajo que podrian evitarse fácilmente. A algunas millas de Niza y á la extremidad de un ca-

mino impracticable para los carruajes en el invierno, se halla surcado por una cuesta que conduce á las cúspides de un monte á 1795 metros sobre el nivel del mar, y siempre cubierto de nieve. Gracias á los considerables trabajos que mandó ejecutar Víctor Amadeo III para abrir aquel camino, se llega sin trabajo á Limona, frontera del condado de Niza, y luego á Coni ó Cuneo, ciudad situada entre los Alpes marítimos y

los Alpes cotiños. El *Stura* y el *Ges* que confunden sus aguas en una de las extremidades de la ciudad, le dan una figura particular. Fundada en el siglo XII, esa ciudad se entregó voluntariamente al Piemonte en el año de 1372. Víctor Amadeo se la cedió por medio de un tratado á la Francia en 1796. Su situación á la entrada del Piemonte facilita en ella el movimiento comercial, y el camino de Niza á Turin atraviesa por su calle mayor, adornada con vastos y hermosos pórticos.

Cerca de Coni, y en direccion á la aldea de la Chinsa, se entra en un valle regado por el Pesio, y siguiendo la corriente de sus aguas limpiadas y cristalinas, el valle se estrecha entre dos colinas cubiertas de vegetacion, y se encuentra cerrado por montañas graníticas



Jardin y claustro de la Cartuja del Pesio.

cubiertas de nieves eternas; este es el monte Ardua, á cuya falda fundó Arnaldo de Morozzo en 1163 un convento de cartujos.

En ese sitio admirable se elevaron vastas construcciones destinadas no solo á los religiosos, sino tambien para todos los que querian reunirse allí, para los pobres que acudían á recibir abundantes limosnas, y para los forasteros que iban de todas partes seguros de encontrar en aquel punto una generosa hospitalidad.

En la iglesia consagrada á la Virgen, se veían pinturas muy notables debidas á las liberalidades de los condes de Vintinsiglia y de Tenda, de Raimondo di Briga y de Antonio Morozzo, que abrazaron en aquel claustro la vida monástica. Todas aquellas riquezas desaparecieron cuando la institucion fué suprimida y el Piamonte quedó reunido á la Francia.

Esa pacífica residencia santificada durante siete siglos por las oraciones de los discípulos de san Bruno, se halla hoy convertida en un espléndido establecimiento hidropático y casa de recreo, bajo la direccion de un médico francés, el señor doctor Brandeis, discípulo aprovechado é inteligente del célebre doctor Briesnitz.

Durante la estacion de verano, ese admirable lugar es el punto de reunion de lo más escogido de la sociedad de los bañistas extranjeros é italianos. Allí tienen su Griefenberg y su Wiesbaden, con las mismas bellezas naturales y sin sus juegos ruinosos. Nada dirémos aquí sobre el tratamiento especial que se da en aquella casa á los enfermos, pues toda la Europa ha podido ya apreciar tan maravilloso sistema; únicamente observaremos que ese sistema aplicado á beneficio de los manantiales que se escapan de las rocas y de los ventisqueros próximos, y combinado con la accion del aire más saludable y puro del mundo, debe producir y produce en efecto sorprendentes resultados.

Tambien es muy digno de notar que Val-Pesio reúne, entre todos los establecimientos de igual naturaleza, la circunstancia de ser al mismo tiempo una casa de sanidad y una casa de recreo; en los jardines y bajo los poéticos claustros de los discípulos de san Bruno, se ve la asociacion de estos dos elementos contrarios, la enfermedad y la salud, la primera advirtiendo á la segunda, la segunda animando á la primera, y marchando juntas como dos compañeras. Ese es un hecho muy singular que señalamos no como un ejemplo que se pueda seguir (el imitarlo sería una quimera) sino por el contrario, como una excepcion notable que dice mucho en honor del lugar donde se cumple ese prodigio, en el seno de una naturaleza privilegiada y abundante cuyo soplo reanima la vida, y cuya vista solamente dilata el alma.

L. M.

## Influencia del alumbrado

SOBRE LAS COSTUMBRES.

Hay cambios de usos indiferentes al parecer, que se escapan algunas veces á los ojos del observador, y que sin embargo tienen sobre nuestras costumbres una influencia decisiva: de este número es el alumbrado progresivo de Paris. Este objeto tan curioso ha introducido tan grandes mudanzas en nuestros hábitos y costumbres, que se nos permitirá hacer sobre él algun exámen.

Si pudiesen salir de su tumba, ¿qué dirían nuestros padres al vernos circular á media noche por las calles y plazas? Creerian sin duda los buenos señores que sus nietos han encontrado otro sol que reemplace al antiguo Febo despues que se pone.

«Ciertamente, les diríamos, habeis pensado bien; no vivimos ni de la misma manera, ni á las mismas horas que vosotros; el sol, esa antigualla que tan admirable es en el día, no ve más que una parte muy pequeña de nuestras acciones; designamos el momento de gozar y de vivir á la hora en que la noche ve brillar nuestros mil faroles que son chispas del sol que hemos inventado. Hay persona que no ha visto salir y ponerse el sol más que en la ópera, y si no fuera porque es necesario á la vegetacion, podríamos muy fácilmente pasarnos sin él.»

Al oír nuestros abuelos estas palabras se volverían á meter en sus sepulcros, creerían que Paris está habitado por nigrománticos.

Nuestros padres de la edad media eran muy aficionados al sol; ellos, lo mismo que los antiguos, celebraban sus fiestas en el verano. ¿Y qué les hubiera sucedido, gran Dios, á ellos que no sabían en qué divertirse, si despues de un crudo invierno, si el día de Pascua, cuando todo revivía, cuando el año volvía á empezar con las primeras flores á un sol resplandeciente no hubiera inundado con sus rayos la faz venerable de sus basílicas, y no hubiera reflejado en los vidrios de su ventana? ¿En su tiempo, los reyes y las reinas recién casados, los príncipes triunfantes no esperaban á las puertas de Paris que un sol hermoso viniese á brillar sobre sus bordados y sobre sus adornos para hacer su entrada pública? ¿Era imposible entonces que hubiera una procesion larguísima, que daba mil vueltas por las calles del viejo Paris, y atravesaba á la vez muchas iglesias, cuyas aéreas campanas no dejaban de tocar sin que hubiera

un sol radiante? ¿y aun para ahorcar, para poner una cucuña, para quemar á un hereje ó á un adivino, no esperaban que hiciera buen día?

En la edad media, despues de puesto el sol, cesaba la vida activa, la vida animada; cada uno se recogía al seno de su familia, se atrincheraba en su chimenea, y despues de la cena, leía, el que sabía, ó bien esperando la hora de acostarse, contaba historias del tiempo pasado. ¿Qué época ha sido más fecunda en cuentos extraordinarios, en leyendas maravillosas de la edad media? Nuestros padres, durante sus veladas, tenían tiempo suficiente para inventarlas. Dichosos ellos, si se contentaban con esto; pero se asustaban con los cuentos sobrenaturales, en que el diablo, los adivinos, los muertos, las fantasmas tomaban parte. Tenían formada de la noche una idea enteramente distinta que nosotros: entonces eran tinieblas opacas, horribles; los edificios que se diseñaban sobre un cielo sombrío, eran otros tantos monstruos horrendos; eran mil voces que cantaban lúgubrememente en las cúpulas de las torres y en las almenas de los castillos. Eran los diablos arrastrando sus cadenas en los subterráneos inmediatos á la calle del Infierno: eran los muertos bailando su danza maquiavélica en los cementerios que en aquella época estaban dentro de la ciudad á costa de los vivos; era el puñal del bandido bañado en sangre; era el aullido de los lobos que entraban de noche en Paris por la parte del río. En fin, la noche era para nuestros padres un objeto de espanto, un velo detrás del cual se fraguaban todos los complós. El Dios del mar era el Dios de las tinieblas; poco á poco aquella fantasmagoría de la imaginación que tanto influyó sobre las costumbres y la literatura de la edad media, iba desapareciendo delante de la ilustracion, y llega á hacerse interesante seguir el cambio de nuestras costumbres, á medida que se iba introduciendo en Paris el sistema de alargar el día.

En tiempos de revueltas, cuando los brigantes eran muy numerosos, cuando el enemigo se acercaba al presboste, mandaba á los habitantes colgar sobre su puerta una linterna, cuya órden era bien ó mal ejecutada. Pero hasta el siglo XVI no adquirió la ciudad un poco de seguridad y claridad; se reorganizó al guardia municipal. En 1525 se estableció un lugarteniente criminal encargado de hacer cumplir la ley que prevenía á todos los habitantes tener á la puerta colgada una linterna para preservarse de los ataques de los malhechores, llamados los malos garzones. Dos calles de Paris en que estos ejecutaban sus tropelías llevan aun su nombre.

A principio del siglo XVII los robos, los asesinatos habían llegado á su colmo; el parlamento se había visto precisado á pronunciar sentencias conminatorias; pero el desórden no cesaba.

En fin, Luis XIV instituyó los faroles públicos (1) que eran unas velas que ardían cuando quería el viento, y que alumbraban muy mal; no había nadie encargado de despabilarlos. Se colocó un farol á cada extremidad de la calle y uno al medio, aumentándose el número segun su longitud.

Con ocasion de este útil aunque muy imperfecto establecimiento, se acuñó en 1666 una medalla en que se leía: *Orbs mundata et nocturnis faubas illustrata, la ciudad quedó limpia y alumbrada*; es necesario confesar que la inscripcion era más brillante que clara. Los faroles eran cuadrados como los de las cabellerizas, si nos hemos de atener á la medalla en cuestion que representa á la villa de Paris con un farol de esta figura en la mano.

El espíritu de mejoras que caracterizó el reinado de Luis XIV se extendió á todo lo que podía hacer á la ciudad segura y cómoda. Otra medalla del mismo año representa un Hércules armado de una maza con esta leyenda: *adsetor securitatis publicae, defensor de la seguridad pública*. Esta medalla parecía anunciar que la vigilancia se halla convertida en Hércules. Desde entonces los parisienses se atreven á arriesgarse por la noche en las calles, y dan á la vida activa algunas horas más que otras veces. Este cambio introdujo otro en las horas de comer. Bajo el reinado de Francisco I se almorzaba á las nueve, se comía á las cinco, y á las nueve de la noche se metían en la cama. Bajo el de Luis XIV se almorzaba á las once ú once y media, y se comía á las seis; despues no se conocía aun más que la velada, las reuniones; todo lo que era espectáculo, pasatiempo, diversion, tenía lugar antes de la última comida: despues de esta todo se concluía. En aquellos tiempos las comedias se ejecutaban entre el almuerzo y la comida, y no todos los días. A fines del reinado de Luis XIV «daban las cuatro, dice Dufresny en sus *pasatiempos serios y cómicos*; vamos á la ópera; necesitamos lo menos de una hora para atravesar por medio de la muchedumbre que se agolpa á la puerta.» El espectáculo empezaba pues á las cinco, y por poco que durase eran tres horas; se cenaba á las ocho.

Entre tanto el gusto del teatro se iba haciendo general; creció considerablemente el número de teatros en el reinado de Luis XV; pero hay quien pretende que eso fué un medio político de distraer el espíritu de la declaracion real y del fausto del gabinete. La hora en que se daban las representaciones se iba haciendo muy incómoda; era preciso comer antes ó despues del espectáculo, lo que tenía sus inconvenientes. Este estado de

(1) Paris, decía el presidente Henault á mediados del siglo XVIII, era muy diferente de lo que es en el día; no había faroles, había muchos ladrones y asesinos.

Véase el bello ideal de la claridad: para Henault era el farol; nosotros nos hemos hecho más exigentes.

cosas iba á cambiar con el nuevo sistema de alumbrado.

En 1766 se adoptaron los reverberos, palabra nueva como la invencion. El señor Bourgeois de Chateaublane, hombre emprendedor, proveyó á la capital de 3,500 reverberos sosteniendo siete mil mecheros: en 1779 se contaban 9,000; esto hizo una revolucion, lo que prueba que el alumbrado con velas era miserable, y que con los reverberos estaban las calles tan bien alumbradas, que esta circunstancia inspiró una pieza en verso titulada: *pobres, ladrones y rateros, gracias á los reverberos*.

Con la extension progresiva del alumbrado se veía á los habitantes de la ciudad continuar su existencia hasta hora más avanzada de la noche.

Así á fines del reinado de Luis XIV, y sobre todo el de Luis XVI, se mudaron las horas de comer, se redujeron á dos comidas, y mientras que antes se desayunaban, comían y cenaban, entonces quedaban reducidas á almuerzo y comida. No fué esta mudanza hija de la frugalidad: jamás ha practicado Paris esta virtud sino en tiempo de hambre: y tememos con razon que Rabelais quisiera reprender su glotonería haciendo el cuadro de la terrible consumacion de Gargantua. Este nuevo arreglo hizo que el tiempo se emplease con más método, y dividió el día en dos partes muy distintas: la mañana que se emplea en nuestros negocios ó en hacer visitas, y que concluye á las cinco; y la tarde, consagrada á los placeres, y que empieza despues de la comida para prolongarse indefinidamente durante la noche.

La mayor parte de los parisienses tienen costumbre de hacer un almuerzo muy ligero y una comida muy abundante, lo que produce alteraciones en la economía animal y hace las indigestiones mucho más fatales. La muerte ha ganado mucho en esto.

Desde que se comía á las cuatro, las cinco ó las seis, los espectáculos comenzaban á las siete para concluir á las once; lo mismo que sucede en el día y que parece debe suceder por mucho tiempo. Es verdad que sin las ordenanzas de policia los espectáculos habrían podido concluirse á la una ó las dos de la noche como se han visto ejemplos.

Los habitantes de Paris han querido prolongar el día para doblar su existencia; es preciso confesar que han hecho bien; porque si los hombres que duermen menos viven más. ¿es otra cosa la vida que una cadena de sensaciones? ¿Y en qué época se buscaron con más ahínco las fuertes emociones, las grandes sorpresas, los descubrimientos maravillosos? ¿Qué frenesí de gozar, de verlo todo y de absorber las más sensaciones posibles por todos los sentidos abiertos á la vez?

En las agitaciones de estos largos días, en el seguimiento de nuestros deseos y nuestras fantasías, en la exigencia de nuestras pasiones, desplegamos una energía verdaderamente romana, y la cantidad de espíritus animales que sudamos por decirlo así por todos nuestros poros, nos acerca á grandes pasos á nuestro último asilo.

La vida devoradora de la noche, esta vida tan llena de seduccion y de goces, gasta nuestros sentidos sobremanera; no queremos parecernos al hombre de que habla Jeaujaques que vivió cien años. Nosotros hacemos elástica la vida, y en lugar de entregarnos al descanso en el tiempo prescrito por la naturaleza, damos nuevas emociones á nuestra débil máquina, cansada ya por las innumerables agitaciones del día.

¿Qué influencia tan deliciosa ejercen sobre nosotros el teatro y las tertulias! En vano el sabio querrá inspirarnos una manera de vivir más normal; una voz encantadora se acerca á nuestro oído y nos dice: «camina por esos floridos senderos, respira esos perfumes y ese aire que embriaga: toma la corona de los festines y recoge esas graciosas sonrisas.» Todo esto hace más corta la vida, pero mucho más amena.

## La leyenda de Whittington.

Encima de la puerta de Newgate, prision de Londres, se veía hace algunos años un bajo relieve que representaba un lord corregidor con un gato á los pies. Esta escultura, de principios del siglo XV, hacia contraste con el blason de los príncipes y caballeros de la misma época, que consistía en un leon real ó en un noble lebrél; sin embargo, el pueblo de Londres no saludaba con ménos respeto el gato de Newgate, y aun hoy día, que gastada la piedra por el trascurso del tiempo deja apenas adivinar las figuras de estos escudos de armas populares, se canta con entusiasmo una balada al célebre de Whittington y su gato.

A fines del siglo XIV, un caballero del condado de Lancastre, llamado sir William Whittington, murió arruinado por las guerras de Eduardo, recomendando un huérfano á la generosidad de sus parientes y de sus amigos; pero sir William había olvidado que los parientes y los amigos de los caballeros que mueren pobres no hacen caso ordinariamente de recomendaciones de este género. Bien pronto su hijo, el pequeño Ricardo, se encontró abandonado de todos, sin que nadie quisiera ni alimentarle ni reconocerle siquiera como hijo de un pariente ó de un amigo. Sin pan y sin asilo, y errando a la ventura por el camino que conduce á Londres, vió pasar á un carretero con direccion á esta capital, y recordando todo lo que había oído de su esplendor y su magnificencia, pensó que en una poblacion donde había tan ricos palacios y tantos banquetes

reales, no podía menos de hallarse un asilo y un pedazo de pan para el hijo de un oficial arruinado en el servicio del rey; resuelto pues á llevar á cabo su plan, suplicó al carretero le permitiera seguir á pié su pesado carro, y este buen hombre no solo se apresuró á concedérselo, sino que le dijo que de cuando en cuando podía subirse sobre los fardos de mercancías y descansar allí: esto era en parte también útil para el carretero, porque el pequeño Ricardo cuidaba de los caballos y del carro mientras que su amo se detenía en las tabernas ó entraba á visitar sus conocimientos: despues de muchos dias llegaron á Lóndres, una tarde al ponerse el sol, sin que Ricardo hubiera hecho gastos de ningun género durante todo el camino.

Ricardo durmió aun aquella noche sobre el carro, esperando en que al despertarse al dia siguiente se encontraría hecho un ciudadano, ó al ménos un vecino como otros muchos que poblaban la famosa capital, y no un pobre huérfano de una pequeña villa de provincia, situada á cien leguas de la córte. Al dia siguiente, sin pensar Ricardo en desayunarse, se puso á recorrer las calles de Lóndres, abriendo los ojos todo lo mas posible cada vez que él hacia una parada, tanto para admirar las infinitas bellezas que jamás él habia visto, como para dar lugar á que le invitaran á entrar en los elegantes y suntuosos edificios que absorbían su atención. Pero cuando se hubo paseado largo rato sin que se fijara en él la multitud de los transeuntes que iban y venían, el pobre Ricardo medio muerto de admiración, de hambre y de cansancio, tuvo la feliz idea de imitar á otro niño mas desgarrapado aun que él, y alargar la mano para recibir de limosna algunos sueldos, con los cuales compraba lo necesario para comer; pero á la siguiente noche tuvo que acostarse sobre un banco, y durmió acaso mejor que los dueños de los soberbios palacios, ó que aquellos que le vieron pasar con indiferencia; sin embargo, sus sueños, si llegó á tenerlos, no fueron tan dorados como los de la víspera.

Ricardo continuó su viaje por Lóndres el segundo y el tercer dia, hallándose cada vez mas triste y mas desanimado, viéndose en la necesidad de guarecerse por las noches bajo los aleros de los tejados, porque en los vastos departamentos y en las casas donde él hubiera deseado lograr cualquier rincón, ó un pequeño escondrijo, se le miraba con desprecio, y ni aun siquiera se le permitía aproximarse á la puerta.

Este último dia se vió disputar su lecho de piedra por una criada de muy mal humor, que asomándose á la ventana de la cocina le llama haragan, y le amenaza con arrojar sobre su cabeza, si no se retira, toda el agua caliente que tenia para fregar.

— Poco á poco, buena mujer, dijo el pobre huérfano un poco asustado por tan extraña amenaza, yo estoy acostumbrado á la lluvia del cielo y al rocío de la mañana, pero no sé la impresion que causa el agua hirviendo.

Esta respuesta, que fué oída por el dueño de la casa, le hizo reír mucho. Era este un rico comerciante llamado M. Fitzwaren, que interponiéndose entre la adusta cocinera y el insultado jóven, le preguntó, divertido con su sencillez, si quería entrar y se le daría de cenar. La criada refunfuñaba y murmuraba entre dientes, pero fué obligada á darle de cenar, y destinarle luego un cuarto con una mullida cama que el pobre huérfano agradeció en el alma, perdonándole la antipatía con que le habia mirado hasta allí. Nuestro buen Ricardo creyó ver realizadas sus mas caras ilusiones, y que era ya ciudadano de Lóndres, objeto de toda su ambición.

Al dia siguiente le preguntó M. Fitzwaren que era lo que sabia hacer, en qué podría emplearlo, y otras preguntas que le llenaron de embarazo porque él no podia ofrecer mas que su buena voluntad. El comerciante no por eso dejó de tratarle con benevolencia y decir que le cuidaran los criados; encargo de que hicieron muy poco caso, porque á los pocos dias el pobre Ricardo era ya, como vulgarmente suele decirse, el burro de carga de la casa. Bajo el pretexto de que no era bueno para nada, todo el mundo le utilizaba en su esfera, desde la cocinera hasta el último criado, teniendo cuidado de llamarle antes holgazan. Ricardo comprendió luego que el mejor medio para librarse de la tiranía de la cocinera era entrar como dependiente en el mostrador de M. Fitzwaren. Hizo pues á su modo la córte al viejo comerciante; halagóle cuanto le fué posible; esmeróse en complacerle hasta en las cosas mas pequeñas, hasta que adquiriendo la convicción de que le habia inspirado ya interés, creyó oportuno suplicarle le enseñara á leer y escribir; M. Fitzwaren se prestó al momento á complacerle.

Una tarde que hubo grande ruido en la casa viéndose correr á todos en direccion del jardin, se oyó llorar á miss Alice, hija de M. Fitzwaren, observándose que los ojos de todos se hallaban fijos en las ramas de un árbol donde estaba encaramado un papagayo. El malicioso pájaro decia por burla todo cuanto sabia, pareciendo burlarse de los que tanto se afanaban por cogerle. Era el papagayo de miss Alice, que acababa de escaparse, mas bien por mala índole que porque pensara en huir, porque estos pájaros, antojadizos y glotonos, se avienen perfectamente con las dulzuras de la cautividad, prefiriendo su cadencia y su jaula á la vida errante é incierta del aire libre. — Ricardo no vaciló ni un momento, y así que le echó la vista encima se apresuró á subir al árbol. Dos minutos despues bajaba ya Ricardo con su prisionero, el que no lograba su libertad á pesar del afán con que repetía sus picotazos. Conmovida miss

Alice por tan espontáneo servicio en obsequio de ella, le dió un *schelling* nuevo.

¿En qué le empleó Ricardo? Cuando acostado sobre un monton de paja ó sobre un banco de piedra, soñaba Ricardo con una grande y bella casa cubierta de teja ó de pizarra, no dudaba el que llegando á conseguir esto algun dia le destinarian á un rincón del desvan ó granero, refugio de los ratones: su sueño pues se hallaba realizado; pero los ratones que por vecinos tenia armaban por la noche tal gresca y un ruido tan infernal que ordinariamente no le dejaban dormir. Con el *schelling* de miss Alice compró Ricardo un jóven gato que se le vendió como de buena raza, y que en efecto, poco tiempo despues podia rivalizar con Bominagrobis, Gripeminaud y todos los que ha inmortalizado en sus versos el famoso La Fontaine. Teniendo por compañero á tan bravo y fiel aliado, Ricardo durmió de allí en adelante con entera tranquilidad.

Algun tiempo despues reunió M. Fitzwaren todas las personas de su casa para advertirlas que se iba á emprender un largo viaje en uno de sus buques; por lo tanto, que deseando que todos aquellos que le servian tomaran parte en sus aventuras, les invitaba á que cada uno remitiera á bordo su pequeña pacotilla. Como el buque debia visitar las costas de Africa y muchos pueblos salvajes, el objeto ménos insignificante podia tener allí su valor. Unos traían agujas, otros cuchillos y diges, y otros abalorios, que en esta época los preferian los salvajes á las perlas finas y á los diamantes de su país. Pero cuando tocó el turno á Ricardo Whittington, se ruborizó al ver que no poseía mas que un gato; pero impulsado luego por un movimiento de ambición, remitió el pobre animal al capitán, como la mercancía que formaba su pequeña pacotilla. Esto excitó en alto grado la risa de todos; pero como M. Fitzwaren acostumbraba á que sus dependientes hicieran el comercio como quisieran, dijo: ¿qué es lo que veis de sorprendente en eso? y luego mandó al capitán que admitiera á bordo el gato de Ricardo.

Al dia siguiente todos se reían aun de la idea del pobre Ricardo, pero él lloraba de verse separado de su mejor amigo. Fué tan grande su sentimiento, que á pesar de haberse considerado capaz de poder servir de dependiente á M. Fitzwaren, resolvió ir á embarcarse con su gato en otro buque luego que supo que el de M. Fitzwaren se habia detenido unos dias. Sin decir una palabra á nadie se salió muy temprano por la mañana y se dirigió hácia el buque, confiando en que su capitán le admitiria como grumete. Ese instinto de la mar y de los viajes tan natural en los ingleses influía en esta resolución.

Ricardo se dirigió alegre y contento hácia Halloway, sentóse sobre una piedra que todavía se llama la piedra de Whittington, y bien pronto empezó á sentir esa tristeza que en momentos solemnes se apodera del alma, y que domina y agobia á ricos y pobres cuando abandonan á su país.

¿Quién sabe, exclamó luego, donde me conducirá este buque? De Lóndres á las islas salvajes hay alguna mas distancia que de Lancaster á Lóndres. Creo que al ménos haria una buena obra con dejar aquí á mi pobre gato. Era el dia de todos los Santos, y en el momento de hacer el huérfano aquella reflexion, las campanas de la iglesia de Bow daban la señal de la fiesta á las demás campanas de Lóndres. Ricardo oyó bien distintamente en aquel instante las palabras siguientes:

Di-din-don, di-din-don,  
Corage Whittington,  
Di-din-don, di-din-don,  
¡Tú serás maire de London!

— ¡Yo seré corregidor de Lóndres! exclamó Ricardo; he aquí lo que me anima á partir; para corregidor de Lóndres es preciso que yo vuelva, y que vuelva rico. La fortuna me llama lejos; ¡pero qué importa, si los honores me esperan aquí! ¡gracias, campanas!

Di-din-don, di-din-don,  
Corage Whittington,  
Di-din-don, di-din-don,  
¡Tú serás maire de London!

Y Ricardo se puso á correr de contento, hasta que llegando á faltarle la respiración, tuvo que aflojar el paso, pero sin cesar de dar vueltas, ir y venir como uno que cree en las estrellas.

Cuando llegó á Gravesend, fué admitido por el capitán y acariciado por su gato, que cumpliendo con su oficio habia tomado ya acta de las provisiones.

El buque se dió á la vela al dia siguiente, y recorrió los mares durante uno ó dos años, hasta que abordó á una isla de Berbería donde se hacen cambios muy ventajosos, porque en ella se halla polvo de oro, y los habitantes pagan prodigamente con ello todo cuanto se lleva de Europa. Pero esta vez en lugar de recibir una acogida hospitalaria, se vió venir en una piragua al rey negro en persona para dar á entender al capitán, y excusarse que el buque inglés no podia entrar en la bahía porque algunos años atrás habia importado un navio europeo, sin él saberlo, una plaga que tenia consternada á toda la isla. La plaga eran dos ratones que se habian pasado á tierra desde el navio, multiplicándose despues de tal modo, que todo lo destruían y todo lo comían, amenazando por esto el hambre á la pobla-

ción sin encontrar medio sus habitantes para deshacerse de tan incómodos y tan voraces huéspedes.

El rey se mostró indiferente á cuantas ofertas le hizo el capitán, hasta que desesperado ya del mal resultado que su empeño iba teniendo, le enseñó el gato de Ricardo. Luego que supo S. M. el empleo que tenían los gatos en las casas de Europa, exclamó lleno de contento, que los mismos que le habian traído la plaga le proporcionaban ahora el remedio, porque ingleses habian sido aquellos, é ingleses eran también estos. Quiso pues comprar á cualquier precio el interesante animal; pero Ricardo, parte por afección y parte también por espíritu de comercio, no quiso venderle; pero advirtió que podia sin embargo hacer un contrato para utilizar los servicios del gato. Convino el rey en ello, y Ricardo se comprometió á dar una vuelta por toda la isla, recibiendo una pequeña prima de oro por cada ratón que estrangulase *Puss*, (este era el nombre del gato). El contrato fué concluido, y tan pronto como el buque entró en la bahía, bajó á tierra Ricardo, empujando su expedición por el palacio del monarca. *Puss* hizo una verdadera carnicería en cada casa; no puede decirse el número de ratones que pasaron á su famélico estómago, porque la suma importa poco; pero conviene referir que Ricardo no abandonó la isla hasta que reunió una inmensa cantidad de oro, llegando algunos hasta añadir, testigos oculares de esta historia, que llevaba á bordo dos pipas grandes llenas de oro. El capitán hizo promesa á S. M. negra de traer cien gatos el próximo viaje, y el rey, para dar una prueba de lo mucho que agradecía esta oferta, compró todo el cargamento del buque al precio que quiso marcarle el capitán.

Algun tiempo despues se hallaba M. Fitzwaren tranquilamente sentado á la mesa con su hija, cuando llaman á la puerta y entran el capitán y Ricardo. M. Fitzwaren estaba lleno de inquietud por no recibir noticias de su buque despues de tanto tiempo como hacia que se habia dado á la vela, y en cuanto á Ricardo, ignoraba lo que podria ser de él despues de su desaparición. Sorprendido pues con su presencia, tardó un poco en reconocerle, porque un año de ausencia habia hecho un hombre de Ricardo, y para ir de Plymouth á Lóndres se habia puesto un traje elegante, que hacia resaltar notablemente su airoso talle. Por modestia se hizo anunciar esta vez como el pequeño Dick, que era el nombre con que se le conocía ántes en la casa. M. Fitzwaren recibió mucho gusto en volverle á ver, lo mismo que miss Alice, y cuando el buen negociante supo el capital tan grande que traía, le dijo:

(Se concluirá.)

## INAUGURACION

### del primer camino de hierro noruego.

La Noruega posee un ferro-carril, que se inauguró con toda pompa y solemnidad el dia 4 de setiembre; fué como una gran fiesta nacional, á la que estaban convidados todos los miembros del *storting*, con representantes de la magistratura, del ejército, del alto comercio y de la Universidad. Puede decirse que lo principal del país estaba allí.

Este ferro-carril es de una importancia capital para la Noruega. El embarcadero situado en el centro de la ciudad de Cristianía á dos pasos del mercado llega á la dársena de su puerto que pone en comunicacion con el centro del país, por el *Miosis*, el mayor de sus lagos, donde una compañía de vapores ha establecido un servicio regular. Cristianía se encuentra, pues, á pocas horas de Lengen, rio-torrente que atraviesa el fértil y hermoso valle de Gulbranddale, el orgullo y riqueza de la Noruega.

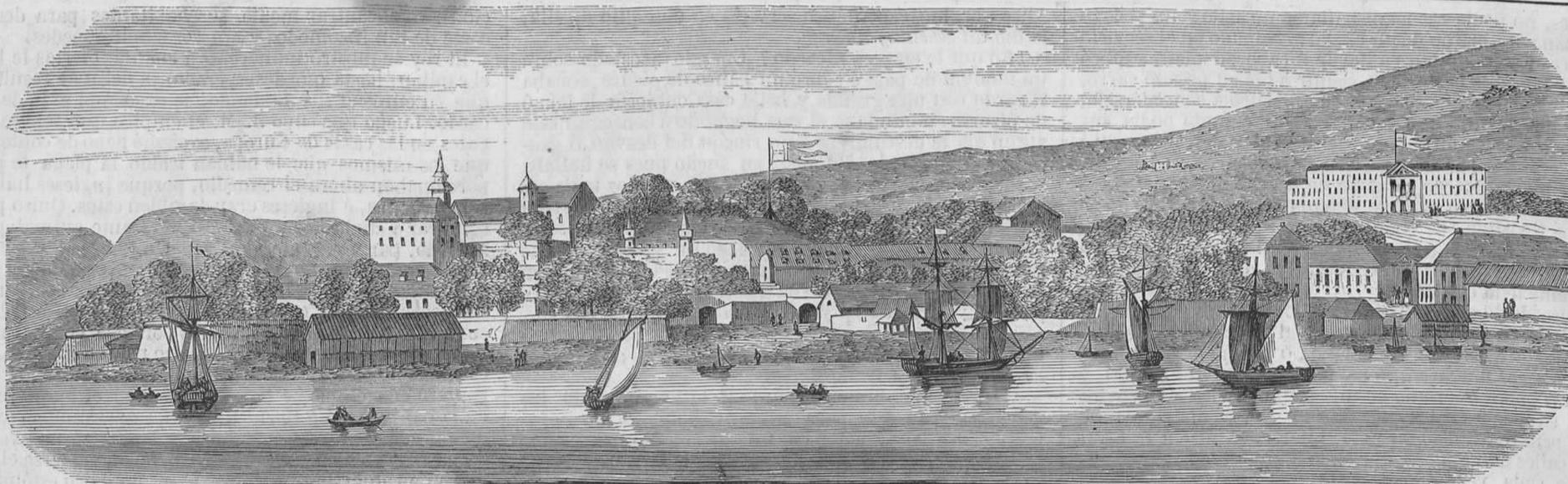
En el dia la comunicacion se acaba en la aldea de Elsladt á sesenta leguas de Cristianía, y en cuanto se llevan á cabo las obras de canalización, difíciles sin duda pero no imposibles, que están proyectadas, ese hermoso camino conducirá á la faldá misma de las montañas centrales de la Noruega.

La Noruega, que desde hace algunos años, marcha tan rápidamente en la via del comercio y de la industria, comprende la importancia de la nueva salida que acaba de abrir á sus productos. El dia 4 de setiembre toda la poblacion de Cristianía se hacia al embarcadero donde flotaban las banderas de Noruega, de Suecia y de la Gran Bretaña; las calles estaban cubiertas de verdura; los buques se habian empavesado, y las campanas de todas las iglesias aturdian con su alegre repiqueteo.

Cuando al dar las diez, la voz del maquinista británico hizo oír el *solemne all right*, y el convoy de honor salió del embarcadero con todos sus convidados, veinte mil pechos lanzaron en los aires un hurra de alegría.

El tren recibia una ovacion en cada una de las estaciones que recorria. Los aldeanos, vestidos de gala, y las mujeres con sus mas brillantes atavíos, corrían al paso de la locomotora; sombreros y pañuelos se agitaban por ambos lados; por fin, despues de una travesía, á velocidad moderada, el convoy llegó á la estación de Eidsvold, que era el término del viaje.

La estación de Eidsvold, fielmente reproducida en nuestro dibujo, y de las mas bonitas que se conocen por la gracia particular del paisaje y por su construcción á la punta de una lengüeta artificial que se adelanta como unos cien pasos en el lago.



La ciudad de Cristianía.

Este camino de hierro recorre una distancia de diez y siete leguas, y le llaman el ferrocarril principal de la Noruega, lo que quiere decir que se piensa en hacer otros. Hay en todo él siete estaciones.

Este camino ha sido construido por una compañía inglesa. La compañía y el gobierno habían elegido como director general de los trabajos á M. Roberto Stevenson, hijo del que construyó el primer ferrocarril inglés, y autor del gran viaducto de Noly-Head, una de las maravillas de la audacia inglesa. Las acciones se han colocado por mitad en Inglaterra y en Noruega.

Sin embargo, el trayecto no es tan pintoresco como podría hacerlo creer la antigua reputacion de la Noruega. De Cristianía á Eidsvold solo se ven dos ó tres cortaduras de montañas que dejan á descubierto sus



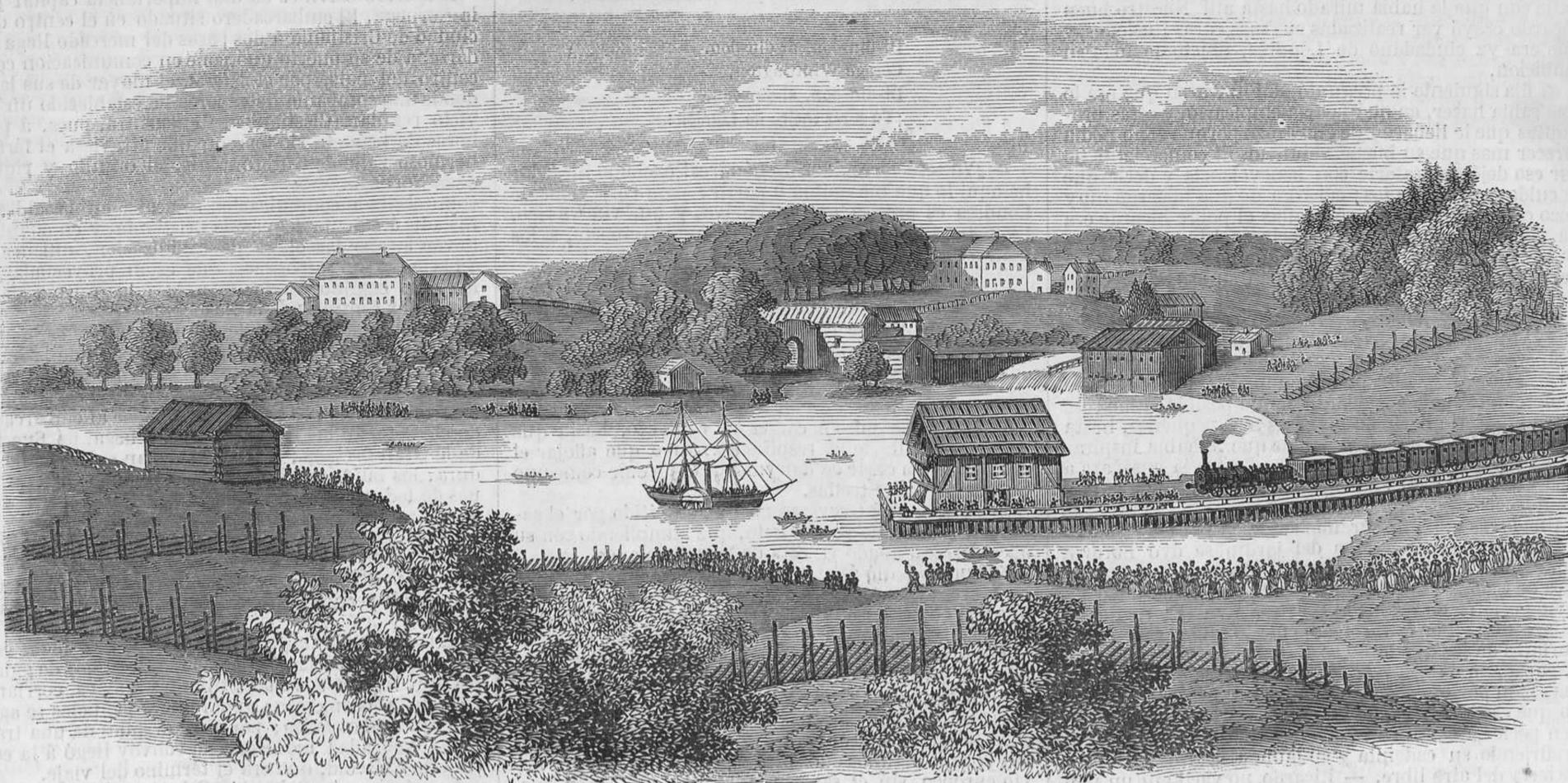
Embarcadero del ferrocarril principal de Cristianía.

entrañas de granito y dos ó tres subterráneos; regularmente, la via sigue las ondulaciones del camino, lo que ocasiona alguna tardanza. Una de las particulari-

dades del nuevo camino, es que no presenta en su construcción ninguna piedra, si exceptuamos la estación principal; las canteras del país están en sus bosques, y todo está hecho con madera y hierro.

Al paso se suelen ver algunos puentes rústicos sobre los torrentes, contruidos con grandes troncos de abetos. Las estaciones nuevas, blancas y lustrosas, están adornadas con bastante arte; el embarcadero de Cristianía, todo de ladrillo, presenta un carácter bastante monumental; su disposición interior es bastante cómoda. La misma muchedumbre que había asistido á la salida del convoy, le esperaba á su vuelta, y le recibió con las mismas muestras de alegría. La función se terminó con un banquete por la noche, al que asistieron naturalmente todos los viajeros.

L. E.



Ultima estacion del ferrocarril, en Eidsvold.